



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 22. — Madrid 5 de Febrero de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	
MADRID Y PROVINCIAS.	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	
EXTRANJERO.	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — *Revista*, por Nulema. — *Crónica*, por D. Isern. — *D. Juan de Arguio* (continuación), por D. José María Asensio. — *La vía dolorosa de los pontífices*. — *A Fr. Félix de Ascoitia*, poesía, por el Marqués de Cerralbo. — *En un pelo*, por Martínez Parra. — *Excelentísimo Sr. D. José María Muñoz*, por M. R. — *Revista científica*, por el Dr. Marco de Colomer. — *Bibliografía* — *Los grabados*. — *El mártir de un secreto* (continuación), por Raul de Navery. — *Teológico*. — *Revista de conocimientos útiles*. — *Anuncios*.

GRABADOS. — *Excmo. Sr. D. José M. Muñoz*. — *Fr. Domingo de Silos*. — *El gran arsenal de Viena*. — *Mr. Chesnelong*, Diputado católico de la Asamblea francesa.

REVISTA

UNQUE sea impropio de los días de Carnaval, en que escribimos estas líneas, hablar de sucesos tristes, no podemos menos de comenzar esta Crónica dedicando un recuerdo al noble Marqués de Mirabel, que acaba de pasar á mejor vida.

Era un noble de los buenos tiempos, caballeroso, caritativo, católico ferviente, de costumbres intachables y de virtudes ejemplares. Aunque dueño de un título ilustre que se remonta á los días del Emperador Carlos V, y de una gran fortuna que le permitía vivir con fausto, siempre fué sencillo en su trato y modesto en sus costumbres, ostentando como el mejor timbre de su nobleza, su intachable conducta y como el mayor esplendor de su fortuna, su caridad inagotable.

Habíase mantenido ajeno á las luchas de los partidos, pero en las obras puramente religiosas no escaseaba su celo ni sus recursos, como lo acreditan los actos de la Asociación de Católicos que presidía, impulsados casi todos por su iniciativa y mantenidos con su dinero.

La última vez que nosotros le hablamos, fué en los ejercicios espirituales de San Vicente Paul de la Cuaresma anterior, y por cierto que, teniéndole al lado, nos edificó con su recogimiento y fervor, que más parecían de un monje que de un Marqués de estos tiempos.

Cuéntase del período de su última enfermedad un rasgo que llamaríamos dramático, si la gravedad del asunto nos permitiese emplear esta palabra tan profana, en el cual se patentizan su sencillez y su piedad. Hace muy pocos días que, sintiéndose muy aliviado de su penosa enfermedad del corazón, se levantó del lecho sin que le viesan las personas que estaban á su cuidado, y salió sin que se enterara nadie. Al llegar

al portal vió sobre una mesa una lista llena de nombres y cubierta de tarjetas de sus amigos, la cual tenía como es costumbre en estos casos, el parte sanitario del enfermo. Se aproximó y leyó estas terribles palabras que equivalían á una sentencia de muerte: «El señor Marqués de Mirabel continúa de suma gravedad.» Cualquiera otro en su caso hubiera retrocedido aterrado; pero el piadoso Marqués siguió su camino con inalterable calma, penetró en la vecina iglesia de San Justo, se confesó y comulgó y volvió á su casa tranquilo y hasta satisfecho.

Aquella misma tarde se agravó su enfermedad, y con edificantes muestras de cristiana resignación, esperó la muerte ocurrida en la tarde del 30 de Enero.

Con esta muerte pierde la aristocracia española un digno representante, y la Iglesia un hijo amantísimo, cuya memoria vivirá largos años en el catálogo de sus bienhechores.

El domingo 28 de Enero á las cuatro de la tarde, yendo nosotros hacia la calle de las Huertas, vimos caminar por los aires, iluminado por los últimos

rayos del sol, el globo de M. Mayet que descendía rápidamente sobre nuestra cabeza. El arriesgado aereonauta maniobraba sobre el trapecio con la agilidad á que nos tenía tan acostumbrados, y llegamos á verle agarrarse á la cuerda de descenso próximo sin duda á tocar en tierra.

Pocos momentos después desembocaban por la calle de San Sebastián multitud de personas con los semblantes visiblemente alterados por el terror, y oímos á varias de ellas la noticia del trágico suceso, que corría de unos en otros como un grito de dolor.

Verdaderamente el hecho era tristísimo, y no hemos de negar que con justa causa arrancaba palabras de desconsuelo á los que lo oían referir y tanto más acerbas á los que lo habían presenciado. Cuatro meses hacía que conocíamos al capitán Mayet; ¿y quién no le había visto por los aires, cuando tanto se elevaba sobre el nivel de los demás hombres? Era joven, intrépido hasta la temeridad, ágil como una ardilla y ligero como un pájaro.

Pero el capitán Mayet obtenía pingües ganancias de sus ascensiones aereostáticas; en quince minutos de arrojo se ganaba el jornal de un año de trabajo de cualquier peón de albañil. Su oficio, si así puede llamarse, era muy cómodo para un hombre de sus condiciones; venía á trabajar veinticinco horas al año, sumando el total de sus ascensiones, y descansaba trescientos sesenta y cuatro días.

¿Y cuál era el fin de su trabajo? divertir al público con la novedad de un espectáculo peligroso. Ninguna utilidad, ningún fin moral sacaba la sociedad de su trabajo.

Triste, tristísima ha sido su suerte; ¿pero cuántos infelices albañiles no mueren á cada paso reventados como él, y la sociedad no se estremece al golpe de su caída ni se apiada de su desgracia?

Y el pobre albañil gana un corto jornal en trabajos útiles para la sociedad y arrastra por cumplir su deber todos los riesgos de un oficio peligroso. Desde que sale el sol hasta que se pone, sin aplauso de nadie, ignorado y desconocido de todo el mundo, trabaja por obligación y no por gusto para ganarse el pan cotidiano, y todas las noches se retira al humilde rincón de una bohardilla para compartir con sus hijos el fruto de sus tareas nunca interrumpidas, tomando allí fuerzas para no desfallecer al día siguiente. Hasta que llega un momento terrible en que le falta una tabla y cae al suelo reventado, víctima de su deber, dejando en la orfandad á sus hijos, que le lloran sin humano consuelo.

Ahora bien, el fruto de estas reflexiones es el siguiente: si es



EXCMO. SR. D. JOSÉ M. MUÑOZ.

Ayuntamiento de Madrid

más digno de lástima el pobre menestral que muere en el ejercicio de su profesión, que el intrépido aereonauta que sucumbe víctima de su temeridad y de su arrojo, ¿por qué la sociedad que llora la muerte del capitán Mayet no piensa en remediar las continuas desgracias de los pobres trabajadores que mueren en la construcción de los edificios de la Corte? ¿Por qué no se funda un Asilo para los hijos de estos desgraciados que mueren en lo mejor de su vida, dejando á sus hijos de corta edad? ¿Cuánto costaría á los propietarios de Madrid el sostenimiento de ese Asilo? Entregamos estas preguntas á la consideración del público madrileño, conmovido en estos días por la trágica muerte del capitán Mayet.

**

Un periódico propone que se establezca en Madrid un Centro de Castellanos. En efecto, hay ya Centro de Asturianos, Centro de Vascongados y pronto habrá otro de Catalanes.

¿A qué responde este espíritu de provincialismo que se observa de algunos años á esta parte? ¿Por qué no existieron antes estos Centros provinciales, cuando la comunicación de las provincias era más difícil y el trato de paisanos más estimado, y se establecen ahora en que los ferrocarriles han derribado las antiguas fronteras, reduciendo á una gran ciudad el conjunto de todas las de España?

Los Centros provinciales existieron; pero con otro carácter. En la iglesia de Montserrat de esta Corte se reunían en santa hermandad los catalanes bajo el trono de su excelsa Patrona, y los aragoneses en torno de la Virgen del Pilar zaragozano; en San Fermín del Prado se asociaban también en santa cofradía los navarros, y en Santiago bajo el patronato de la Fuencisla los segovianos. Todos los santos patronos de las diversas provincias de España tenían aquí su corte de devotos, los cuales mantenían con el culto especial de sus comarcas el afecto fraternal de su paisanaje.

Aún quedan restos muy visibles y venerables de estas cofradías en las iglesias de Madrid; pero el espíritu moderno, enemigo del espíritu católico, va desatando los lazos antiguos para crear otros nuevos, secularizando el amor de patria, como va secularizando todo en la sociedad y en la familia.

Los Círculos ó Casinos provinciales vienen á reemplazar á las antiguas Hermandades, para que, en vez de los vínculos de la fe y de los afectos morales, sean los placeres y sentimientos mundanos el fundamento del patriotismo secularizado.

Y cuenta que al decir esto no afirmamos rotundamente que esos Centros sean esencialmente malos; indicamos la tendencia á que parecen responder, la cual es muy bastante á desvirtuar la bondad que puedan tener en su constitución y gobierno.

El hecho es que mientras decaen visiblemente las antiguas Hermandades provinciales, crece el movimiento de asociación civil, digámoslo de este modo, de los hijos de las diversas provincias de España.

El Catolicismo unió los diferentes reinos en que se dividía nuestra patria, y mantenía esta unión por medio de sus instituciones; el espíritu moderno camina á la desunión ó á la federación, si se quiere, rompiendo aquellos vínculos sagrados, y cambiando la mesa del altar en que antes ardía el fuego de la fe común, con la mesa del Casino, en que se quema con las llamas del rom el patriotismo de muchas familias y los lazos del hogar doméstico.

**

Preocupa estos días la atención de los políticos la cuestión del juramento. Quién pide su abolición absoluta, quién su mitigación relativa; unos piensan quitarle su carácter religioso, otros su importancia política, y tantos y tan variados van siendo los pareceres, que cada cual quiere echar su cuarto á espadas, como si se tratase de una cuestión de vida ó muerte para todos los partidos militantes.

Y sin embargo, la cuestión del juramento, es, para los políticos que la discuten, una cuestión sin importancia, pues cuál más, cuál menos, todos ó casi todos han saltado por cima de estos escrúpulos cuando han visto al otro lado la tierra de promisión.

Hemos visto á los que se dicen francamente impíos jurar sobre los Santos Evangelios, y á republicanos acérrimos jurar la monarquía; hemos visto á los que hoy combaten el juramento exigirselo al clero en la época revolucionaria, y á los que ahora lo defienden con más calor protestar de su empleo en tiempos no lejanos. La historia de los juramentos de nuestros hombres públicos sería inverosímil si no estuviera escrita en las páginas de la historia contemporánea.

¿Por qué se da tanta importancia á la cuestión del juramento? ¿Por respeto á las creencias católi-

cas? Pues los que establecieron en España la libertad de cultos ó los que han sancionado la tolerancia, no son los que pueden defender la causa de Dios. ¿Es por adhesión á las instituciones políticas? Con juramento ó sin él vivirán estas instituciones sujetas al vaivén de los acontecimientos y á la inconstancia de los hombres que dirigen su curso.

La cuestión del juramento es, por lo tanto, un pretexto de discusión. La época moderna se inauguró en España desprestigiando esta santa institución y desde entonces no han faltado entre nosotros los juramentados.

En la discusión presente todo se reduce á que unos partidos *se las están jurando* á los otros. Cuando se hayan cumplido estos juramentos será cuando resplandezca el verdadero juicio de Dios.

**

El arte arranca al Sr. Castelar confesiones elocuentes. Como tal debe consignarse la siguiente, con que terminaba hace pocas noches un brindis en casa de la princesa Ratazzi:

«En cuanto á nosotros, españoles, no desconfiemos nunca de nuestra nación y nuestra raza. Es carácter nuestro, es tradición nuestra, sorprender al mundo con milagrosos esfuerzos después de increíble decadencia. Del carro bizantino, en que andaba perfumado y muelle Rodrigo por las orillas del nefasto Guadalete surgieron los héroes de Covadonga; del reinado de Enrique IV, los caballeros de Granada y los descubridores del Nuevo Mundo, y de la corte de María Luisa los gigantes de nuestra independencia: que somos una raza idealista, y cómo tenemos confianza en Dios, señores, Dios nos la devuelve alentándonos en todas nuestras empresas y sosteniéndonos con sus vivificadoras bendiciones.»

Salvo el error ó vulgaridad histórica de atribuir á D. Rodrigo la decadencia de la monarquía visigótica, debida principalmente á la corrupción y vicios de Witiza, el hecho es cierto, que tras increíbles decadencias hemos sorprendido muchas veces al mundo con milagros de fortaleza.

El Sr. Castelar ha podido completar la *síntesis histórica* añadiendo, que estos milagros de fortaleza los ha inspirado la fe católica, cuya fuerza es tan poderosa que traslada los montes.

Por lo demás las comparaciones nos placen; España se arrastra hoy en el carro bizantino, perfumada como D. Rodrigo en Guadalete y tan alegre y bulliciosa como en la corte de María Luisa.

¡Quiera Dios que no se tarde el milagro!

**

La Diputación provincial de Madrid ha discutido estos días si los niños del Hospicio han de acudir ó no de comparsas á los teatros.

El asunto dió lugar á un debate tan acalorado que el presidente se vió en el caso de ponerse el sombrero.

La comisión de beneficencia opinaba por la negativa; pero se presentó un voto particular favorable y la Diputación lo tomó en consideración, dando lugar á la consiguiente protesta de la junta ponente. Aunque fuesen muchos los rendimientos que diesen estos espectáculos, no debería consentirse que acudieran los niños asilados á servir de comparsas de teatro, pues su edad y sus mismas condiciones de vida, los pone en mayor peligro de extraviarse con los ejemplos de las tablas y de los que son frecuentes entre bastidores.

Si el Hospicio es un Asilo de caridad, ejérzase la caridad como Dios manda; pero no se explote la indigencia, ni se la ponga en peligro de agravarse.

Según están hoy los teatros, es peligrosísima la asistencia de los niños en las localidades del público. ¿Y cuánto más no lo será en el interior de las tablas y en comedias de gran espectáculo?

La caridad no puede convertir á sus patrocinados en histriones ni en comediantes.

**

En estos momentos se oyen los gritos de las máscaras que corren alegremente por las calles.

El Carnaval es una fiesta pagana: la Iglesia, con admirable sabiduría, le aplicó un correctivo estableciendo el miércoles de ceniza.

— Divertíos, alegres máscaras; pero acordaos que después del Carnaval viene el miércoles de ceniza.

El mundo, después del pecado, es un continuo Carnaval. El día del juicio será el miércoles de ceniza del Carnaval del mundo.

NULEMA.

CRÓNICA



La República se va, dicen unánimemente todos los políticos franceses de claro é imparcial juicio. Váyase en buena hora, contestan todos los hombres que estiman en algo la fe de sus ascendientes y el esplendor de su patria.

En realidad, ha pasado sobre Francia como tempestad asoladora, que ni aun respeta los monumentos levantados con el trabajo de los siglos.

¿Por qué se va la República? Cae víctima de sus faltas y de sus torpezas, de las divisiones y de los odios de sus partidarios, mejor que de los ataques de sus enemigos, que ni aun ahora aciertan á ponerse de acuerdo para enterrarla.

¡Inmensa es sin duda ninguna la responsabilidad de los hombres que sirven la causa de la restauración de la legitimidad y del derecho, perdiendo todavía en estériles y perniciosas contiendas las fuerzas, el valor y el tiempo que debieran emplear en impedir que otros se aprovechen de la muerte de la República para sustituir un liberalismo por otro liberalismo todavía peor quizás!

Y sin embargo, la lealtad nos obliga á confesarlo; hemos presenciado estos días un espectáculo á que no nos tienen acostumbrados nuestros hermanos de Francia.

En la Capilla Expiatoria vimos el 21 del pasado, al lado del representante del augusto señor conde de Chambord, á todos los que manifiestan desear la restauración monárquica, rogando á Dios, por intercesión del Rey-mártir, que abrevie los días de amargura que atraviesa Francia.

Allí vimos á M. Chesnelong de rodillas al lado de M. Veuillot; al duque de Broglie al lado del duque de Rochefort; al príncipe de León al lado de otros príncipes de la casa de Francia.

¡Haga el cielo que los esfuerzos que se llevan á cabo por legitimistas de todas las fracciones para llegar á la unión á fin de que sea eficaz la acción de todos los hombres influyentes que desean la restauración monárquica, logren un feliz é inmediato resultado!

El día que esto suceda, deberá ser saludado con júbilo por todos los franceses que desean la libertad de la Iglesia y la regeneración interior de la patria, para que ésta recobre en el concierto europeo la influencia que de derecho le corresponde como gran potencia católica.

**

Mientras llegue este día, la República seguirá muerta en la opinión, agonizando en las esferas del poder. Y el Gabinete de M. Feillière caerá como ha caído el ministerio de M. Duclerc, y á M. Feillière, sucederá, ¿quién sabe? quizás M. Clemenceau, quizás M. Rochefort mismo, especie de Marat de estos tiempos.

En los momentos en que escribimos estas líneas no sabemos todavía cuál ha sido el resultado de la discusión que tiene lugar en el Parlamento sobre las proposiciones de M. Fabre ó de M. Floquet contra los príncipes de las casas que han reinado en Francia.

Pero sea cual fuere el resultado de esta discusión, la situación no cambiará esencialmente en París, como no cambia esencialmente el estado de un cuerpo que se disuelve porque se retrase por algunos momentos el instante de su disolución final.

Y que la República se disuelve lo reconocen hasta sus mismos partidarios.

Las fracciones de la mayoría de las Cámaras no logran entenderse, ni aun para la resolución de los problemas más elementales de la política. Además, con la muerte de M. Gambetta ha venido á faltar el único hombre que tenía algún prestigio para imponerse á muchos en los momentos de peligro y salvar la situación.

Es un síntoma bastante significativo y grave que ni el general Billot ni el almirante Jaureguiberry, cuyo republicanismo nadie puede poner en duda, hayan querido asociar sus nombres á las medidas de persecución contra los príncipes de Francia.

Lo mismo el uno que el otro, han declarado que estas medidas serán muy mal recibidas por el ejército y por la marina.

**

Pero la República quiere morir como ha vivido, haciendo guerra á la Iglesia en la persona de sus ministros. Le falta valor para confesar su derrota, como confesó la suya, al sentirse herido de muerte, Juliano el Apóstata.

Su última medida de persecución es todavía más torpe, más infame, más ilegal que las anteriores.

Los hechos son elocuentes por sí mismos. La Santa Sede, en uso de sus indiscutibles prerrogativas de maestra de la doctrina, condenó el

Manual de enseñanza cívica de M. Paul Bert, escrito expresamente para servir de texto en las escuelas oficiales y obligatorias.

No podemos ni debemos transcribir los errores, las blasfemias, las herejías de que está lleno el libro del ministro de Instrucción pública del ministerio que presidió M. Gambetta. Pero no podemos resistir á transcribir algunas de sus monstruosidades históricas.

Dice M. Paul Bert que Francia vivió en las tinieblas de la barbarie hasta la época dichosa de la revolución del pasado siglo. En los siglos medios, añade, los Obispos, cuando llegaban á faltarles los recursos, armaban á sus criados y salían á los caminos á despojar á los viajeros de cuanto llevaban.

¡Esta es la historia que se quiere enseñar á los niños en Francia!

Los republicanos de París se alborotaron no poco con el decreto condenatorio publicado por la Santa Sede. Pero al fin hubieron de resignarse, alegando que no produciría efecto alguno en la práctica.

Pero el Obispo de Annecy se ha creído en el deber de comunicar oficialmente á sus diocesanos, en una carta Pastoral, el decreto de la Santa Sede, y otros Obispos se disponen á imitar la conducta de su venerable hermano.

El gobierno ha prohibido entonces, bajo los más severos castigos, la publicación de la Pastoral del Obispo de Annecy, y este valeroso Prelado, sabiendo que se debe obedecer á Dios antes que á los hombres, ha leído en el púlpito de su iglesia la Pastoral á sus diocesanos, por lo cual ha sido procesado por el Consejo de Estado.

Así entienden la libertad los republicanos franceses.

El convenio celebrado entre la Santa Sede y Rusia, cuyas principales disposiciones dimos á conocer á su debido tiempo, ha venido á abrir los ojos del príncipe de Bismarck.

La reconciliación del Gabinete de San Petersburgo con la Santa Sede, podría ser funesta para Alemania en el caso de una guerra europea.

De aquí que el Gabinete de Berlín trate de imitar al de San Petersburgo.

Y de aquí también una carta del Emperador Guillermo de Prusia á la Santidad de Leon XIII, carta que en extracto ha publicado casi toda la prensa diaria de Europa.

En esta carta da un nuevo paso en el camino de las concesiones el príncipe de Bismarck.

Ofrece pedir al Landsdag que reforme las leyes excepcionales, que si sirven para los tiempos de guerra, son completamente inútiles en los de paz.

No es esto suficiente para los católicos. Estos piden una modificación de las leyes de Mayo, en el sentido del restablecimiento del *Estatu quo ante*. Reconocen, sin embargo, la importancia de las concesiones ofrecidas por el Emperador Guillermo al Papa.

En este sentido se han expresado el Sr. Windthorst en el Parlamento y la *Germania* en la prensa.

El restablecimiento de la paz religiosa en Alemania es una obra que ofrece grandísimas dificultades, y por lo tanto no puede extrañar á nadie que no se ande tan de prisa como exigen los altísimos intereses de la Iglesia y aun de la civil sociedad.

El Gobierno de la República francesa no es el único, ni muchísimo menos, que persigue á los católicos. Tiene un fiel imitador en el Gobierno de Bélgica, que preside un doctrinario fracmasón tan caracterizado como M. Frere-Orban.

Ultimamente ha tomado el Gobierno belga una decisión que muestra hasta dónde llegan los odios de secta de que está animado.

Ha ordenado M. Bara, ministro de Justicia, á todos los curas, que lleven una cuenta minuciosa y lo más detallada posible, de cuanto se reciba y se gaste en sus respectivas iglesias.

Todos los días, antes de encender las velas para los actos religiosos, deberán pesarlas y hacer constar lo que pesan. También deberán pesarlas al terminar el acto, á fin de saber lo que se haya gastado, y poder exigir responsabilidad los días en que se gaste un cuarto de onza más de cera de lo acostumbrado.

Igualmente deberán hacer constar todo lo que perciban los Vicarios, el organista, el sacristán, los campaneros, por cualquier concepto que sea, aunque sea en concepto de regalo, como se acostumbra en los casamientos y en los bautizos.

Cuando se venda cera vieja ó cualquier mueble viejo, deberá hacerse constar igualmente por qué se ha vendido, á quién se ha vendido y en cuánto se ha vendido, á fin de exigir responsabilidad si se

ha vendido en menos de lo que se debía, á juicio del ministro.

Además de esta disposición, se dispone M. Bara á tomar otra no menos injusta y absurda.

El clero parroquial belga ha aumentado legalmente la cuota de las limosnas que percibe por los servicios que presta á los fieles, á medida que han encarecido los medios necesarios para la vida.

M. Bara quiere exigir del clero que, en vez de percibir las limosnas que ahora percibe, se limite á percibir las de hace setenta años, cuando eran completamente diversas las necesidades económicas de la sociedad, cuando se vivía con lo que ahora se paga el alquiler de la casa.

Por fortuna las disensiones que han estallado en el seno del partido liberal belga á propósito de la reforma de la ley electoral, permiten esperar que no durará largo tiempo la actual tiranía gubernamental.

Cada carta que escribe Leon XIII es un acabado modelo de prudencia y de sabiduría.

Después de la admirable Encíclica á los Obispos españoles ha venido una carta de Su Santidad al Excmo. Sr. Cardenal Mac-Cabe, Arzobispo de Dublín.

Recomienda el Papa á los irlandeses católicos que separen su causa de la causa de las sociedades secretas, y que en la reivindicación de lo justo no se aparten nunca de los medios lícitos y legales.

Elogia la noble conducta del Episcopado y del clero irlandés, que trabaja con incesante afán por el orden y bienestar de su patria.

Y termina elevando al cielo ferviente plegaria, para que desaparezcan de Irlanda los males que afligen desde hace tantos y tantos años, á aquella cristiana isla donde hay tantos y tantos grandes caracteres que saben sobrellevar con singular dignidad las mayores miserias.

La carta de Su Santidad ha producido grande impresión, lo mismo en Irlanda que en Inglaterra.

El pueblo fiel de Irlanda ve en la palabra del Papa la del más bondadoso y más inspirado de los padres.

El pueblo inglés comprende los grandes servicios que la voz autorizada del Padre Santo presta á la causa del orden, calmando las agitaciones que por desgracia tanta fuerza habían tomado en Irlanda.

Este nuevo documento pontificio influirá, seguramente, para el restablecimiento tantas veces anunciado, de las relaciones diplomáticas de Inglaterra con la Santa Sede.

La prensa católica de Italia hace constar con satisfacción varios hechos que, en efecto, son satisfactorios para todo católico.

Las sociedades evangélicas de Alemania y de Inglaterra han retirado la subvención que pagaban á varias capillas y centros protestantes de Italia.

Esto ha producido una consecuencia natural: en el acto de retirarse esta subvención se han cerrado treinta y ocho centros de propaganda protestante.

¿Cuántas capillas protestantes quedarían en España si las sociedades extranjeras les retiraran las subvenciones que les pagan?

Ni una, seguramente.

D. ISERN.

DON JUAN DE ARGUIJO

ESTUDIO BIOGRÁFICO

PARTE SEGUNDA

1600-1623.

(Continuación.)

IV

Gran laguna se encuentra al llegar á este período en la vida de nuestro poeta.

Después de sus contratiempos, después de los disgustos graves que le ocasionara la pérdida de gran parte de su fortuna, se oscurece algún tanto la estrella de D. Juan de Arguijo; pero no hay fundado motivo para sospechar que cambiara de una manera notable su método de vida.

En todas las reuniones literarias continuó mereciendo aplauso y consideración sin límites.

Hemos de trasladarnos al año 1617. Habían despertado en toda España un interés vehemente las contiendas sobre el misterio de la Concepción Inmaculada de María; de Sevilla salieron procuradores á Roma, para conseguir del Pontífice una declaración favorable á aquella piadosa creencia, y fué recibido con júbilo, con inmenso entusiasmo, el Breve de 21 de Agosto de aquel año en que se prohibía predicar ni escribir contra ella. El Arzobispo, el

Cabildo, la ciudad y las Hermandades dispusieron solemnes fiestas religiosas; se cantaron en numerosos coros por las calles las célebres coplas de Miguel del Cid; hubo lujosas procesiones; se hicieron votos de defensa por el sagrado misterio, y como digno remate de tanta ostentación piadosa, D. Melchor de el Alcázar, *caballero de gran espíritu y devotísimo del Misterio*, como le llama el analista D. Diego Ortiz de Zúñiga, dispuso una función de toros y fiesta de correr cañas, cuyo solo anuncio dió mucho que hablar en la ciudad, tanto entre el pueblo como entre la nobleza.

Reunía en su morada el noble D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, lucidísima cuanto docta y numerosa Academia, en cuyos ejercicios tomaban parte los ya célebres ingenios, y se daba también honroso lugar á los jóvenes que por su afición á las letras empezaban á figurar en el Parnaso andaluz.

Animadísima fué la reunión que celebró en uno de los primeros días del mes de Noviembre de ese año 1617.

Acababa de leer Antonio Ortiz Melgarejo una notable *silva* en alabanza del cuadro del *Juicio final*, que había terminado su gran amigo Francisco Pacheco, y apenas dejaron lugar al silencio los aplausos que se dieron al distinguido poeta, que según expresión de Lope:

Renueva al docto Herrera la memoria,

se adelantó al centro de la reunión un caballero del hábito de Calatrava, de noble apostura y finos modales, cuya sola presencia bastó para fijar la atención:

— Estoy dando á la estampa, dijo, un tomo de algunas de las muchas poesías que andan por ahí en manos de mis buenos amigos, para que se salven de las incorrecciones que sobre su escaso mérito les añaden cada día los copiantes; y he merecido al ingenio de nuestro buen amigo el señor D. Juan de Arguijo, que está presente, unas delicadas cuanto fáciles décimas, que nunca podrán ser tan justamente apreciadas como en esta docta Academia. Dicen así:

Á DON JUAN DE JÁUREGUI *

Den otros á tus pinzeles
lo que sin lisonja pueden,
mostrando (Don Juan) que eceden
á los de Zeús i Apeles;
prevengan sacros laureles
para tu inmortal corona,
i en las cumbres de Elícóna
onren tu canto divino,
sobre el Griego, y el Latino,
que la antigüedad pregona.
Yo, que con fuerzas menores
no presumo tu alabanza,
ni mi corta voz alcanza
lo menos de tus primores;
en vez de Elogios mayores,
á que el desseo me inflama,
i á tan alta empresa llama
dexaré que en breve suma
lo que no pueda mi pluma
tome á su cargo la Fama.

Al concluir la lectura, que hizo D. Juan de Jáuregui con voz sonora y de una manera tan magistral como agradable, pues tenía don especial para ello, se multiplicaron los plácemes tanto al poeta celebrado como al autor de las décimas; y encontrándose entonces en el centro por acaso, y muy próximo á los poetas Arguijo y Jáuregui, el joven D. Melchor de el Alcázar, exclamó dirigiéndose á ellos:

— Nada puede contentarme tanto como ver el justo elogio del lucido traductor de Torcuato Tasso hecho por nuestro sevillano *Mecenas*, y en los términos que él solamente sabe hacerlo. Mas puesto que tan propicio se encuentra siempre el que de su favor necesita, á él acudo en este momento en que angustiado me tiene la elección de cronista para mi fiesta. Bien sabéis que en ella tenemos todos lugar señalado, pues de las fuerzas de todos necesita mi pensamiento para salir á plaza; pero falta pluma que pueda pintarlo, y ninguna tan propia, tan feliz como la del señor D. Juan de Arguijo.

— Bien pudiera, contestó éste, hallar excusa, sin faltar á la verdad, pues mis achaques no me dan punto de sosiego; mas suplirá la voluntad lo que no basten las fuerzas, y haré lo mejor que pueda por dejar complacido al señor D. Melchor.

Regocijéronse todos; tuvo efecto la lucidísima fiesta en 19 de Diciembre siguiente, no habiendo podido ser antes porque las continuas lluvias lo impidieron, y de ella escribió *Relación* el señor don Juan de Arguijo.

Dos razones me mueven á trasladarla íntegra en este *Estudio biográfico*: La primera ser la única obra

1 Lope de Vega. — *Jerusalén conquistada*. — 1609.

2 Al frente de sus poesías *Sevilla*, por Francisco de Lyra Varreto. Año MDCXVIII.

importante escrita en prosa que de Arguijo se conserva, y encerrar un cuadro tan completo, tan lleno de verdad y con detalles tan minuciosos, que lo hacen por extremo importante. La segunda, la extremada rareza de la impresión antigua, que es tanta, que no sabemos exista ejemplar alguno en biblioteca pública ni privada, conservándose únicamente en los *Anales de Sevilla*, que escribió D. Diego Ortiz de Zúñiga.

V

RELACIÓN de las fiestas de toros y juego de cañas con libreas que en la ciudad de Sevilla hizo D. MELCHOR DE EL ALCÁZAR en servicio de la Purísima Concepción de Nuestra Señora.

Martes 19 de Diciembre de 1617.

Después de otras muchas y varias demostraciones de contento que esta ciudad ha hecho por el nuevo decreto de la Santidad de Paulo V, Sumo Pontífice, en favor de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, así de invenciones de fuego como de máscaras, grandes en número, coste y lucimiento, y de un torneo que pareció digno de volverse a hacer para que el pueblo todo lo gozase; se hicieron últimamente las fiestas de toros y juegos de cañas con libreas, que antes estaban concertadas, habiéndose dilatado más de quince días por el mal tiempo y muchas aguas; hechos ya los tablados y dispuesto todo para que el primero que fuese a propósito se pudiesen hacer.

Lunes, 18 de Diciembre, amaneció con tiempo seguro, y por no perder la buena ocasión se dispuso la plaza, para que el martes se hiciesen las fiestas que fueron este día. Dió la ciudad doce toros para este regocijo, y vistió sus trompetas, ministriles y atabales para que acompañasen a D. Melchor de el Alcázar, que tomó a su cargo todo lo restante de las fiestas. Poco después de medio día estuvieron todos los tribunales en sus sitios, dispuestos y aderezados como siempre suelen en fiestas reales; las ventanas y tablados con las damas, señores y caballeros de esta gran ciudad, y mucho número de pueblo; adornada la plaza con el mayor lucimiento de colgaduras que otras veces se ha visto; y habiendo hecho su entrada y paseos con acompañamiento de ministros, primero el alguacil mayor de esta real Audiencia, D. Francisco de Araoz; poco después D. Sebastián de Casaos, alguacil mayor de Sevilla, y últimamente entró el conde de Salvatierra, Asistente, acompañado de sus dos Tenientes, Alcalde de la justicia, Ejecutor de la vara, y todos los alguaciles de los veinte; y habiendo subido a su asiento, mandó luego echar un toro en la plaza. Corrieron siete antes de hacer su entrada los caballeros, y fueron los tres de ellos bravos y regocijados, embistiendo con los peones y trompicando muchos, sin muerte de ninguno. Los demás no fueron tales, ni este tiempo, en lo más riguroso del invierno, puede tenerlos con fuerza para más efecto de el que hicieron.

Antes de las tres avisó D. Melchor de el Alcázar que llegaban ya los caballeros de las fiestas a la puerta de la plaza, para que se despejase, como lo hizo D. Sebastián de Casaos, muy airoosamente galán a la brida, acompañado de los ministros de su vara y buen número de bastoneros. Quedó, pues, la plaza desembarazada, y los ánimos de todos suspensos y atentos a lo que esperaban; y porque en la entrada esté sabido cómo iban vestidos, diré primero cuáles fueron las libreas.

Vistiéronse todos de una misma manera y de unas mismas colores; las marlotas sobre lanza de plata acerada, largueadas en jarpón de fajas encarnadas, bordadas de una onda de fleco de plata retorcido; las fajas de dos dedos de ancho, y los blancos de el mismo tamaño. Los capellares de grana del polvo de Tiro, bordados de cortaduras muy relevadas de la misma lanza de plata acerada, orladas de fleco retorcido de plata, cuajados de un romano bellísimo; la orla de una tercera de ancho, y lo restante de unas SS trabadas, puestas en escaramuza. Los tocados monteras de terciopelo negro guarnecidas de plata, toquillas de gasa de plata encarnada, encarrujadas dos órdenes alrededor de puntas de plumas blancas, que las cubrían todas menos las faldillas, y sobre la copa un rizo grande de plumas encarnadas, del cual salía un mazo de garzotas blancas, y de las rosas de las toquillas penachos atravesados de plumas largas encarnadas y blancas. Fueron estas libreas por voto general, las más lucidas que en Sevilla se han visto en los años de que puede durar la memoria, así por la alegría de los colores, como por la riqueza del adorno y novedad de la disposición. En el orden de la entrada precedieron los atabales, trompetas y ministriles, en número de diez y seis, vestidos vistosamente de tafetán encarnado con blanco y negro, y con gualdrapas de los mismos colores. Tras de ellos entraron doce lacayos en traje de tudescos; calzas y coletos con cuchilladas de

fajas leonadas, guarnecidas de pasamanos amarillos y plata, rufos, entretelas y jubones de velillo blanco prensado, gorras chatas de terciopelo negro, con cordones muy gruesos de plata, y plumas caídas, leonadas y amarillas; medias amarillas, ligas de gasa de plata leonadas, y espadas plateadas con correas blancas. Estos lacayos fueron del marqués de Ayamonte y D. Melchor de el Alcázar, que entraron compañeros los primeros, corriendo desde antes de la puerta de la calle de la Sierpe hasta la puerta de la calle de Génova, pasando la carrera muy iguales, con lanzas todas vestidas de flores contrahechas de colores y argenterías, y en los hierros dos cendales de toca de gasa de plata leonada; en los quentos de las lanzas salían de dos rosas dos cometas de toca leonada de plata, que atravesaron la plaza; mangas de olán ricas, con martinetes en los codos, asidos con toca de gasa y cabos de ella, y en las monteras, en lugar de las garzotas, martinetes.

Entraron los segundos, D. Bernardo de Saavedra, del hábito de Santiago, y D. Fernando Melgarejo, Veintiquatro de Sevilla, no menos iguales que los primeros, las lanzas desnudas con banderillas y cometas azules y plata, mangas de olán cuajadas de argentería de oro. Siguiéronles D. Alonso de Anaya del hábito de Santiago y D. Luís Antonio de Figueroa con banderillas leonadas y plata, y las mangas de tela de plata; D. Gaspar de Virués y D. Diego de Virués, con banderillas y cometas y plata, y mangas encarnadas, bordadas de plata; D. Bernardo de Moscoso y Pedro López de Mesa, banderillas encarnadas y plata, mangas ricas, blancas; D. Juan Ramírez de Guzmán y D. Fernando Ponce el Mozo, lanzas vestidas de plumas de colores; D. Juan, con mangas de olán crespo, con borlas de seda de colores y D. Fernando, de tela de plata, negra, bordada de seda verde y argenterías negras. Juan Contador de Baena y D. García Contador, su hijo, lanzas vestidas de gasa leonada y plata y a trechos rosas de gasa azul con fleco de plata y de rosa a rosa arcos de gasa de plata amarilla; mangas blancas ricas. D. Fernando de Cabrera y D. Cristóbal Durán, metieron cuatro lacayos vestidos de paño pardo, largueados de pasamanos de plata, jubones, medias y ligas blancas, espadas plateadas, sombreros negros con cordones de plata y plumas blancas; las lanzas y mangas como las de Juan Contador y su hijo. D. Lucas de Jáuregui y D. Francisco de Jáuregui, lanzas vestidas de gasa verde y plata, y a trechos rosas de la misma toca; mangas ricas con borlas de colores. D. Fernando Ponce el Mayor y D. Juan Suárez, banderillas azules y plata; mangas blancas con argenterías negras; Don Fernando Losada del hábito de Santiago y García de Quadros, metieron doce lacayos; los ocho de D. Fernando vestidos de raja azul, largueados de pasamanos de oro, y en los blancos sembrada laneteja de oro, con penachos de plumas de colores, medias y ligas encarnadas, y jubones de tela del mismo color y espadas plateadas: los cuatro de García de Quadros, vestidos de tela morada, guarnecidos de pasamanos de oro, jubones de tela naranjada, con medias, ligas y plumas del mismo color, y espadas plateadas. Las lanzas muy lindamente vestidas de toca de plata azul, encornejadas y argenterías y en los quentos dos imágenes de Nuestra Señora, con una luna a los pies, y flámulas grandes, una punta azul y otra blanca, que volaban vistosamente; la manga de D. Fernando de tela encarnada y la de García de Quadros de tela negra. Don Fernando de Maldonado y D. Sebastián de Olivares, las lanzas con rosas de toca de plata leonada y cendales a trechos de toca de plata blanca, y las mangas ricas. D. Luís de el Alcázar y D. Bernardo de Anasco, en las lanzas, banderillas azules y plata, y desde la empuñadura hasta el quento, plumas grandes en harpón, azules y blancas, imitando a plumas de saetas; mangas de toca de plata azul y blanca encarrujada a bandas. Dieron fin a la entrada D. Luís Portocarrero, hijo del Conde de Palma, y D. Alonso de Godoy, caballero del hábito de Santiago, señor de las Quemadas; las lanzas, con banderillas de plata acerada, con fleco y borlas encarnadas y plata; mangas de tafetán encarnado sacados bocados de velo de plata. Iban todos con calzas de colores de pasamanos de oro y de plata; atravesaron cuatro veces la plaza, corriendo muy igual y aprestadamente en excelentes caballos y jaeces. Al primer toro que salió, después de estar los caballeros en la plaza, metieron garrochones seis de los doce lacayos Tudescos del Marqués de Ayamonte y de D. Melchor; los de D. Alonso de Godoy, Don Alonso de Anaya, de D. Fernando de Losada, y García de Quadros, de D. Fernando Ponce, padre é hijo, de D. Fernando Maldonado, de D. Sebastián de Olivares y de D. Juan Suarez, con que estuvo la plaza llena de toreadores, y de lacayos, que pareció extremadamente; a este toro entró Don

Fernando Ponce el Mozo, muy arriesgadamente junto a un tablado, y el toro lo envistió, quebró el garrochón y salió tan mal herido el caballo que a poco espacio murió; socorrió a D. Fernando D. Sebastián de Olivares, dando una valiente cuchillada al toro, y antes de salir otro, hubo un gracioso entremés que regocijó mucho la plaza; entró a dar lanzada Juan de Cazalla, enano de D. Melchor de el Alcázar, tan pequeño que para que alcanzase a los estribos se los clavaron junto al arzón delantero de la silla, sobre la mochila.

Salió en un caballo blanco, con jaez hecho para esta ocasión, sobre negro guarnecido de fleco de plata; mochila jayel y copetera como se traían los jaezes en las Indias, que cubren las caderas, y parte del cuello del caballo y de todas las puntas que tiene este género de jaez, que son muchas, pendían borlas de plata y negro. Iba el enano vestido con calzas y cuera, sobre pestañas negras, con pasamanos de oro; capa corta de terciopelo negro, muy guarnecida de pasamanos de oro, gorra de lo mismo aderezada y con plumas negras y blancas, y un mazo de garzotas largas, espada dorada y vaina y correas blancas; borciguies blancos y espuelas de pico de gorrión doradas; sus lacayos eran cuatro negros, todos tan altos, que sin encarecimiento, sacaban la cabeza por cima de la demás gente, vestidos con marlotas encarnadas, largueadas muy menudo de fleco de plata retorcido, bonetes de lo mismo con toquillas de velillo de plata con cabos pendientes sobre las espaldas, y penachos de plumas de colores; alfanges plateados, pendientes de tahalies blancos, calzones blancos anchos hastamedia pierna, y con medias encarnadas, zapatos blancos, desnudos los brazos, que por las mangas anchas de las marlotas se descubrían hasta la mitad; el uno llevaba la lanza, y el otro el tafetán y anteojos para el caballo. Dió vuelta a la plaza, acompañándole todos los caballeros a tropas detrás de él, que fué cuando más lucieron las libreas y el número de los lacayos. Entró tan en sí, que no mudó el semblante antes con muy buena gracia y riéndose, fué quitando la gorra y hablando a los Tribunales, damas y caballeros de la plaza; paró en medio de ella, aguardando suerte. Echaron luego un toro, que junto a la Audiencia volteó a un muchacho, y revolviendo sobre él para tornarle a herir, le socorrió don Fernando Ponce, el Mozo, con la espada, librándole, y sacando mal herido el caballo. A D. Fernando acudieron D. Alonso de Anaya y D. Melchor de el Alcázar con las espadas, atravesando el toro toda la plaza de esquina a esquina; y al pasar por donde estaba el enano, le tiró un bote con la lanza, que se le hincó un palmo; continuaron en seguimiento del toro D. Alonso y D. Melchor de el Alcázar con las espadas, el cual, aunque procuró dando con la espada a su caballo echarlo sobre el toro, no pudo, porque el caballo lo rehusó, y a este tiempo llegaron los lacayos y lo desgarraron. Salió otro toro, que fué de los mejores, en que rompió un rejón D. Fernando Maldonado, sacando el caballo libre, y otros de los caballeros referidos, que llevaron garrochones, procuraron hacer suertes, pero no los quiso el toro; el cual, estando parado a un lado de la plaza, entró el enano puesta la lanza en su lugar como lo pudiera hacer el mayor toreador, hasta tocarle casi con el hierro en los cuernos, no solo con resolución, sino con temeridad. Esto hizo por dos veces, siendo el toro bravo como he referido, y no habiéndolo querido, se salió de la plaza. Corriose siempre a todos tiempos, aun habiendo toro en la plaza, atravesándola por cualquier parte que le dejaba libre, en parejas de cuatro y de seis, con que estuvo la plaza desde que entraron los caballeros hasta el fin de las fiestas, la más entretenida y regocijada que jamás se ha visto.

Llegó la hora de tomar las adargas para el juego de cañas, y dividiéndose en dos puestos, guió el uno el Marqués de Ayamonte, apadrinado de don Gómez de Figueroa, de el hábito de Calatrava, y de D. Juan de Córdoba, su hermano, de el hábito de Santiago, y el otro D. Melchor de el Alcázar con otros dos padrinos, que fueron D. Juan de Saavedra y D. Fernando de Saavedra y Monsalve, Veintiquatros de Sevilla, todos cuatro con capas y gorras en caballos enjaezados. Entraron a galope por las dos esquinas encontradas de la plaza, rodeándola y cruzándola en escaramuza, amenazándose con las cañas, todo con mucho concierto. Dividióse cada puesto en tres cuadrillas, cada una con caperuzas y plumas y bandas diferentes en las adargas; las tres del puesto de el Marqués de Ayamonte revolvieron su Señoría y D. Fernando de Losada y Juan Contador; las de el puesto contrario, D. Melchor de el Alcázar, D. Fernando Melgarejo y don Luís del Alcázar, comenzó el juego la cuadrilla de D. Melchor, sobre la cual salió la del Marqués; y prosiguieron las demás, durando el juego de cañas

gran rato, siempre muy entero y muy comentado, sin que en él sucediese ni un pequeño desaire. Pusieronlos en paz los caballeros padrinos, y lo que sobró de el día, corrieron siempre á todas partes con tan buen aliento como al principio; con lo que se acabaron las fiestas, que entre otras muchas circunstancias, fueron solemnísimas por la devoción y piedad de el intento á que se hicieron, y por no haber sucedido en ellas desgracia alguna, y por haberlas honrado los Señores y caballeros referidos en esta relación.

José MARÍA ASENSIO.

(Continuará.)

LA VÍA DOLOROSA DE LOS PONTÍFICES

CUARTO día del siglo III, San Pablo, primer ermitaño, recibió una visita de San Antonio, en el desierto de Nitria, donde desde su juventud había ido aquel huyendo de la persecución, y donde estaba orando hacía casi cien años en lo interior de una gruta, á que daba sombra una palmera, tan ignorado del mundo como ignorante de cuanto en éste acaecía.

Después de dividir el centenario Pablo con su huésped Antonio el pan que todas las mañanas le dejaba un cuervo á la entrada de la gruta, le dijo:—Aquí tienes al que con tanta fatiga has estado buscando por medio del desierto; ya ves este cuerpo consumido por la vejez, que muy pronto se volverá polvo. Pero haz el favor de decirme qué es lo que en la actualidad hacen los hombres. ¿Fabrican todavía suntuosas habitaciones en sus antiguas ciudades? ¿A qué dueño obedecen? ¿Continúan persiguiendo á los cristianos?

—Sí, Pablo, los hombres son siempre los mismos: continúan edificando Tébas y Babilonias; obedecen á todos los señores, excepto á Dios, y hasta la consumación de los siglos perseguirán á la Iglesia en sus miembros, principalmente en su Cabeza, el sucesor del barquero de Galilea.

En el mismo siglo que el ermitaño San Pablo, un filósofo pagano convertido á la fe de Jesucristo y que andando el tiempo fué un padre de la Iglesia, Clemente de Alejandría, explicaba este misterio de la persecución de los cristianos por medio de aquella grande idea, de que el drama de la historia del mundo se realizó anteriormente y á manera de preludio en la vida de Jesucristo, principio y término de todas las cosas. Así, pues, los treinta y tres años que el Redentor vivió en la tierra, según se hallan referidos en los Evangelios, se reproducen con maravillosa fidelidad y se manifiestan continuamente en la historia de la Iglesia y de sus cabezas sucesivas, los Soberanos Pontífices, representantes de Jesucristo en la tierra.

En las Catacumbas, en la cuna del Pontificado, igualmente que en el pesebre del Salvador, vemos acudir primero á los pastores, á los pobres y los ignorantes. Les llega en seguida su vez á los príncipes y á los grandes de la tierra; y unos, á ejemplo de los Magos, ofrecen sus servicios á los Vicarios del Hijo de Dios, mientras otros, hipócritas como Herodes, no quieren conocer la religión de Jesucristo sino para anegarla mejor, ya en sangre, ya en lodo.

Pero la Iglesia triunfa de la violencia, del mismo modo que de la perfidia. Desde su institución se acomoda siempre á la vida de su divino Fundador y refleja fielmente todas sus circunstancias. Predica sin cesar el sermón de la montaña, siembra en todas partes el grano de mostaza y echa en la masa impura de la humanidad la levadura evangélica. Arroja del templo á los negociantes, anatematiza á los fariseos y á los malos ricos, maldice la higuera estéril y el árbol que no da buenos frutos. Bendice el óbolo de la viuda, envía á su viña á los trabajadores que llegaron tarde, celebra un banquete por el regreso de sus hijos pródigos, llama á los pecadores á la penitencia y guía á las ovejas extraviadas al rebaño del pastor de Roma. Alimenta á los pobres y á los huérfanos con el pan que la caridad multiplica en sus manos.

A sus pies están siempre Marta y María, los dos símbolos de la vida cristiana en el mundo y en el claustro. La Iglesia, con sus oraciones, calma el furor de las olas irritadas contra la barca de Pedro, dá luz á los ciegos, restituye la palabra á los mudos, sana á los enfermos, resucita á los muertos y hace

milagros mayores que los del Salvador, según este mismo quiso y predijo.

Pero el mayor milagro de la Iglesia es su perseverancia en una doctrina invariable, á despecho de las herejías y de terribles y multiplicados ataques; porque tiene más que enemigos, tiene en su seno traidores que la venden y Judas que la entregan, dándole el ósculo de paz; tiene discípulos que, como los de Jesús, la abandonan y huyen en el momento del peligro; suele tener apóstoles que reniegan de ella y que no siempre se arrepienten al cantar el gallo; y á pesar de todo esto, nada iguala al prodigio de su perpetuidad. Cuando hablamos de la Iglesia, hablamos del Pontificado, sin el cual la Iglesia sería un cuerpo sin cabeza: *ubi Petrus, ibi Ecclesia*, decía San Ambrosio; y San Francisco de Sales lo traducía así: *La Iglesia y el Papa es todo uno*.

Sabemos que todo cristiano debe empeñarse en ser otro Jesucristo; *christianus, alter Christus*. Pero principalmente el Pontificado es el que debe ser y el que es la imitación de Jesucristo en la tierra; é imitar al Salvador, ¿no es ante todo llevar su cruz y acompañarle en la *Vía dolorosa* hasta la cima del Gólgota? Esto es lo que los Pontífices están haciendo desde hace diez y nueve siglos, y esto es lo que harán hasta la consumación de los tiempos.

¿Cómo sería tratado el Salvador, si se dignara volver al mundo? Lo presumimos, viendo cómo tratan aquí á su representante. Es preciso que el Hijo del Hombre padezca también mucho en la persona de su Vicario. «Yo le enseñaré, ha dicho Jesucristo, cuán preciso es que padezca por mi nombre». ¿Terrible palabra! ¡es preciso! diremos con Bossuet.

La cabeza de la Iglesia, que entre nosotros hace las veces del Salvador, dice diariamente con el Apóstol: «Realizo lo que queda á Jesús que sufrir en su cuerpo *místico*, que es la Iglesia». Por esta razón me complazco en mis flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en mis padecimientos por Jesucristo; porque cuando estoy flaco, entonces soy fuerte.

Hé aquí el gran misterio de las pruebas y de los padecimientos del Pontificado; este es el misterio mismo del Dios que se hizo hombre y que continúa viviendo en su Iglesia, es la unión del cuerpo con el alma, la mezcla de la fuerza y de la debilidad aparente, del poder divino y de la flaqueza humana; de modo que sucesivamente vemos á la Iglesia, en sus misteriosas vicisitudes, triunfar en parte por medio de milagros y sucumbir en parte con los ultrajes.

Hé aquí por qué el Sumo Pontífice, igualmente que Jesucristo, no reina sino por la cruz y sobre la cruz.

En las ruínas de ese antiguo Coliseo, profundamente impregnado con la sangre de los mártires, ha erigido el Papa Benedicto XIV las Sagradas Estaciones que van desde el Prétorio al Calvario; allí es donde todos los viernes se anda en Roma la *Vía sacra*, en la arena misma donde tantos confesores de Jesucristo fueron llevados ante los Césares, despojados de sus vestidos, azotados y entregados á la burla de los hombres y á las garras de los leones.

Todo el edificio del Cristianismo se halla fundado sobre un sepulcro y sobre una resurrección. El grande acontecimiento que se llevó á cabo en el Gólgota se está perpetuamente comenzando y continuará hasta el fin de los tiempos en la historia de la Iglesia. Cada siglo trata de crucificar á Jesucristo

1 Qui credit in me, opera quae ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet. (S. Joann. XIV, 12.)

La sombra sola de San Pedro sanaba los enfermos. (Acta, V, 15.)

2 Todos los personajes que han ocupado algún puesto en la vida de Nuestro Señor, son tipos que continuamente se reproducen en la historia de que Jesucristo es el vínculo, el centro y la unidad. Nicodemo, por ejemplo, vive en medio de nosotros en la persona de esos hombres tímidos y pusilánimes, que viendo la verdad, no se atreven á confesarla aún, porque no tienen valor para romper los lazos que los sujetan. (Vida de Nuestro Señor Jesucristo por el doctor Sepp, traducida al francés del alemán, por M. Sainte-Foi.)

3 Este prodigio se aumenta con la duración, descubre cada vez más la presencia de Jesucristo en la Iglesia y es un argumento que cada año y cada hora adquiere robustez. (Estudios filosóficos sobre el Cristianismo, por Augusto Nicolás.)

4 Primum autem oportet illum multa pati. (S. Luc., XVII, 25.)

5 Ego ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati. (Acta apostolorum, IX, 16.)

6 Adimpleo ea quae desunt passionem Christi, in carne mea, pro corpore ejus quod Ecclesia. (S. Paul, ad Coloss., I, 24.)

7 Cum enim infirmo, tunc potens sum. (S. Pablo II, ad Corinth., XII, 10.)

8 Unum horum coruscant miraculis, aliud succumbit injuriis. (El Papa S. Leon, De passion. Domini, sermo 3.)

y de ponerlo en el sepulcro, en la persona de sus Vicarios; pero en todos ellos el Pontificado se desprende de los sudarios, de los aromas y de las ligaduras con que lo habían envuelto; sus ensangrentados pies rompen las puertas del sepulcro, su cabeza destrozada con las espinas se levanta resplandeciendo con nueva vida, y sus manos horadadas con los clavos se extienden para bendecir otra vez la ciudad eterna y el mundo entero.

A FR. FÉLIX DE AZCOITIA

A solas con la razón
Vagaba errante y sin tino
A lo largo del camino
Que marcha junto al Ibon:
A lo lejos ronco son
Levanta el blanco torrente,
Gigante roca la frente
Hasta las estrellas sube,
Y á la gironada nube
Pinta en rojo el sol poniente.

El pajarillo despierto
Vuela cantando á su nido,
Bala el cordero perdido,
Muge el aire en soplo incierto:
Y á este encantador concierto,
Que es habla de la natura,
A unir su voz apresura
Entre las peñas la onda,
Entre los pinos la fronda,
Y la fuente que murmura.

¿Qué soberano poder
—Iba diciendo entre mí—
Alzó la roca hasta allí,
Y hace los vientos correr?
¿Quién dá vida á todo ser;
Matíz y aroma á la flor;
Acentos al ruiseñor;
Igual movimiento al suelo;
Soles y estrellas al cielo
Y al ancho espacio color?

¿Será que fuerza ignorada?
¿Será que oculta atracción
Dé á los átomos unión
Y forme un todo de un nada?
¿Será esa ley congregada
En que arenas una á una
Levantán gigante duna
Y á crear la densa nube
Impalpable vapor sube
Desde verdosa laguna?

La mente por cuerda loca,
Y el ánimo en ella entero,
Tomaba ya el derrotero
Que hacia la duda provoca:
De repente entre la roca
Por ya borrado camino
Que cierran el boj y el pino,
Veo una sombra ideal
Vistiendo el pardo sayal
Del humilde capuchino.

Bajando por senda extraña
Se acerca, detalla, crece,
Y ante mi vista aparece
El fraile de la montaña:
Dale suelo verde argaña;
Sombra al cedro y abedul;
Por techumbre el cielo azul;
Por fondo el peñón bravío;
Por espejo el manso río
Y el sol de ocaso por luz.

Bien haya, hermano, que en pos
Satisfaciendo á mi anhelo
Respuesta me manda el cielo
Al encontrarme con vos:
Pues recuerdo sois de Dios,
No hay otro poder se vé
Que luz, vida y forma dé
Desde el sol á los abrojos,
Que á tanto alcanzan los ojos
Con el cristal de la fe.

EL MARQUÉS DE CERRALBO.

1 Vida de San Antonio por San Atanasio; vida de San Pablo por San Jerónimo.

2 Es una obra que denomina *Los hijos de su alma, anima liberi*. (Stromates, I, 1.)

3 En 1847, cuando la Irlanda estaba pereciendo de hambre, porque la protestante Inglaterra le negaba, en odio de la fe, algunos residuos de su abundancia, Pío IX, con una sola palabra que profirió, renovó el milagro de la multiplicación de los panes é hizo sentar á los infelices irlandeses en el gran banquete de la caridad católica.

EN UN PELO

(RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS)

I

Sr. D. Manuel P. Villamil:



ASE usted los ojos, mi ilustrado y buen amigo, por estas mal trazadas líneas, y entérese de los hechos, rigurosamente históricos, que ellas encierran.

Verá usted de qué temple eran los hombres que hace dos siglos pretendieron y aun alcanzaron, en parte, la conquista espiritual de ese *Imperio del Centro*—la hasta ahora impenetrable China—que hace muy poco han traído al concierto universal los proyectiles ingleses, y cuya obra hubieran realizado hace doscientos cincuenta años los frailes españoles, si la emulación y hasta la rivalidad de quienes pudieron y debieron ayudarles en tan gigantesca empresa, no hubiera sido inexpugnable muro donde se estrellaron tan levantados propósitos, haciendo estériles la sangre derramada, los tormentos sufridos, los caudales de fe y de abnegación derrochados.

¿Qué más? Hasta los prodigios de ingenio fueron inútiles, y eso que como el que da margen á este pobre artículo, abrió á los misioneros cristianos el más llano camino de cuantos pudieron imaginar.

Si equivoco las fechas, no será culpa mía, sino falta de documentos donde comprobarlas; si el ensayo sale mal, no será por escasa grandiosidad de los hechos, sino por flaqueza de mi pluma.

De cualquier modo, acéptelo usted, porque vale la pena de que salga del olvido en que yace este episodio.

Es una protesta contra aquellos que han lanzado al rostro de nuestros religiosos el indiscreto apóstrofo de *manos muertas de la sociedad*.

Y basta de prólogo.

II

El día 21 de Abril de 1747, tercero del reinado de Kieng-Lon, firmaba este sanguinario Príncipe una sentencia dictada por Techú-Hio-Kien, Presidente del Tribunal de Ritos, que, excepto los nombres de los sentenciados, que son los propios, y no los adoptados por los chinos, á la letra, dice así:

«Voluntad del Emperador manifestada el día 13 de la tercera luna, pronunciada por el Tribunal del Crimen contra (...) y otros que engañaban al pueblo con la doctrina falsa del que llaman Señor del cielo.»—«Condenamos, ajustándonos á las Leyes, al dicho (...) Obispo Ilustrísimo D. Fray Pedro Mártir Sanz, á ser degollado sin que se espere el tiempo destinado para los suplicios. A los otros cuatro europeos (P. Joaquín Royo, P. Francisco Díaz, Padre Francisco Serrano y P. Juan Alcober), condenamos á que se les corten las cabezas en el tiempo ordinario...»

Bárbara sentencia que se cumplió en todas sus partes, no sin que á ella precedieran grandes tormentos, porque «irritados los jueces de poder hallar para la sentencia motivo suficiente, determinaron volver á comenzar el proceso.

En cuanto al modo con que supieron morir, el Ilmo. Sanz lo dijo encarándose con el verdugo:—«Amigo, voy al cielo; quisiera que vinieras conmigo.»

Y de que el martirio de aquellos cinco dominicos, todos nacidos bajo el hermoso sol que alumbra á España, no fué completamente estéril, pruébalo este hecho, que es un verdadero idilio:

«Un gentil pagado por los chistianos, para juntar en vasijas la sangre, y empaparla en ceniza y lienzos, apartó al pueblo; y habiendo cumplido con su comisión lo mejor que pudo, no quiso lavarse las manos cubiertas de tierra y ceniza ensangrentada, y las llevó levantadas por respeto hasta su casa, besando la sangre del mártir, y, en fin, untó con ellas

las cabezas de sus hijos, diciendo: *La sangre del santo os bendiga*. Desde entonces, habiendo oído decir que los que siguiesen su doctrina serían condenados al mismo suplicio, dijo, contándose á sí mismo en el número de los chistianos:—*Tanto mejor; todos nos iremos al cielo.*»

Era cosa tan frecuente ejecutar estos mandatos de su majestad imperial, antes y después del decreto copiado, que falta serenidad para recordar los torrentes de sangre que costaron.

Y si tal y como se halla en la historia (FR. JUAN DE LA CONCEPCIÓN: *Tomo XI, Cap. XXI*), damos copia de tan infame sentencia, no es con otro objeto sino el de que los lectores sepan á qué se exponían los misioneros cristianos, que en los siglos XVII y XVIII penetraban en los dominios del *Hijo del*

OBISPOS CÉLEBRES DE ESPAÑA.



FR. DOMINGO DE SILOS.

Imperio Celeste, guiados de su evangélico celo, cuyo final era más tarde ó más temprano, el caldoso.

III

De esto, y algo más, hallábanse penetrados Fray Ventura Ibañez y sus compañeros de navegación Fr. Juan de la Concepción y Fr. Jaime Tarín, cuando en Mayo de 1671 arribaron á Macao á bordo del patache *Reina de los Angeles*, que los portugueses, á quienes pertenecía la colonia, en su tradicional odio á todo lo español, tuvieron por conveniente quemar, tal vez á despecho de su gobernador don Juan Borghes, porque «para evitar—decían—semejantes tránsitos de castellanos, convenía un ejemplar escarmiento.»

Obstáculo con el que no habían contado los misioneros, que habían tenido ya que vencer otros muchos; no siendo el menor el que se les había presentado, por juzgarse temeraria la empresa, en Roma y donde á fuerza de importunaciones lograron obtener licencia de la Sagrada Congregación de Propaganda para poder ir los Religiosos al gran Reino de la China.

En realidad, ¿qué tenían ellos que ver con las políticas disensiones de Castilla y Portugal?

Lo cual no fué suficiente á librarles de que se les retuviera presos en el convento de San Francisco con buena custodia, como dice la Crónica.

Como no fué tampoco obstáculo la vigilancia que sobre ellos ejercieron, para que en el silencio de la noche, y á bordo de unas embarcaciones de pescadores, salieran los religiosos de Macao en demanda de Cantón, cubiertos de paja.

En el camino fueron robados; y por último, tras sobresaltos y temores sin cuento, llegaron á Cantón, donde se ocultaron «en casa de un mercader llamado Boneta.»

Bien pronto tuvieron las autoridades noticia de la estancia de los religiosos en Cantón y la persecución dió principio con los rigores acostumbrados.

El *Sangley*—comerciante—ganoso de sustraerlos á las iras de los mandarines, hizo una pira de leña, en cuyo centro dejó suficiente hueco para ocultarlos; mas advertidos los frailes de que el caritativo chino podía revelar el secreto en el tormento, salieron del incómodo escondite, y con el valor que distingue á los hombres de fe, se ostentaron en público dando principio á sus predicaciones.

Y así fueron encontrados por los oficiales del virey de la provincia de Cantón, esforzado guerrero que la conquistara para la tártara dinastía reinante.

—La suerte está echada—se dijeron los animosos misioneros cuando eran conducidos á la presencia del Mandarín tártaro.

Porque entre la visita al palacio y la subida al patíbulo sólo mediaba un paso, y éste ya estaba dado.

La muerte era inevitable.

Pero la Providencia lo dispuso de otro modo.

IV

Y el que algunos meses después moría decapitado en Peckin por su amor al Cristianismo, era el Virey de Cantón.

No era extraño: los Bonzos y el Tribunal de Ritos no podían soportar que, en la mas rica provincia del *Celeste Imperio*, los hombres de Occidente, los que predicaban en nombre del Señor del cielo hubieran conseguido—á pesar de los Decretos imperiales—la más radical de las revoluciones religiosas sin sangre, sin lucha, sin más armas que la palabra del Evangelio y el ejemplo del que murió en la Cruz.

El Virey—Leu-Tong—empleó doce mil de sus soldados en derribar los antiguos ídolos; junto á su palacio mandó edificar una iglesia que se inauguró en 22 de Febrero de 1674 bajo la advocación de Nuestra Señora de los Angeles; alzósele el destierro á todos los Misioneros;

fuera de la ciudad se construyeron otra iglesia y convento, dedicados á San Francisco, á cuya orden pertenecían los valientes cuanto afortunados religiosos; y tal fué el número de convertidos al Cristianismo, que «viéndose—dice la historia—insuficientes para tanta progresión, recurrieron á la Silla Apostólica suplicando socorros.»

Y añade, á este propósito, un antiguo documento:

«Para esto destinaron uno de los principales Misioneros, que, llegando á Roma á los fines del pontificado de Inocencio X, representó los aumentos felices de aquella misión y lo mucho más que se esperaba, por lo que sería conveniente crear Obispos que ordenasen algunos naturales que les ayudasen en tan laborioso Ministerio, porque aunque se envi-

sen Misioneros de Europa, *nunca serían suficientes á la miés grande que se ofrecía.*»

En cuanto al malaventurado Virey de Cantón, confiscáronle sus bienes, y conducido á la capital del imperio, pusieronle en las manos el cuchillo con que debía darse muerte, por ser noble; mas él, aceptando antes lo que para la nobleza tártara era gran deshonra de morir á manos del verdugo, rechazó el arma exclamando:

— «La ley divina prohíbe ser homicida de sí mismo.»

Y el ejecutor cumplió en él su sangrienta misión.

V

¡Y lo que son las cosas!

Este triunfo, que tan alto puso el nombre de los que lo obtuvieron, fué debido á un hecho casi insignificante.

El siguiente:

Conducidos los misioneros á la presencia de la

primera autoridad de Cantón, entablóse entre ésta y los frailes este original diálogo:

— ¿Ignorábais que los edictos del Imperio os condenan á morir por predicar doctrinas de otras sectas?

— No lo ignorábamos.

— Entonces...

— Pero hemos venido en nombre de Dios, de aquél que por boca de su hijo, los dijo á sus Ministros:

— Id, enseñar á todas las gentes.

— ¿Y quién es Dios?

— Dios es el sér que todo lo puede, que todo lo sabe.

El tártaro inclinó á esta contestación la cabeza, ocultándose la cara con su abanico.

Después volvió á preguntar:

— Y vosotros, ¿qué tenéis de Dios?

— La esencia, respondió el Padre Ibañez, único de los dos, porque el Padre Jaime Tarín esta-

ba enfermo, que conocía el áspero idioma chínico.

— ¿La esencia?

— Sí, porque él nos hizo á su imagen y semejanza.

Volvió á caer el Mandarín en meditación profunda, y luchando entre el temor y la esperanza, continuó:

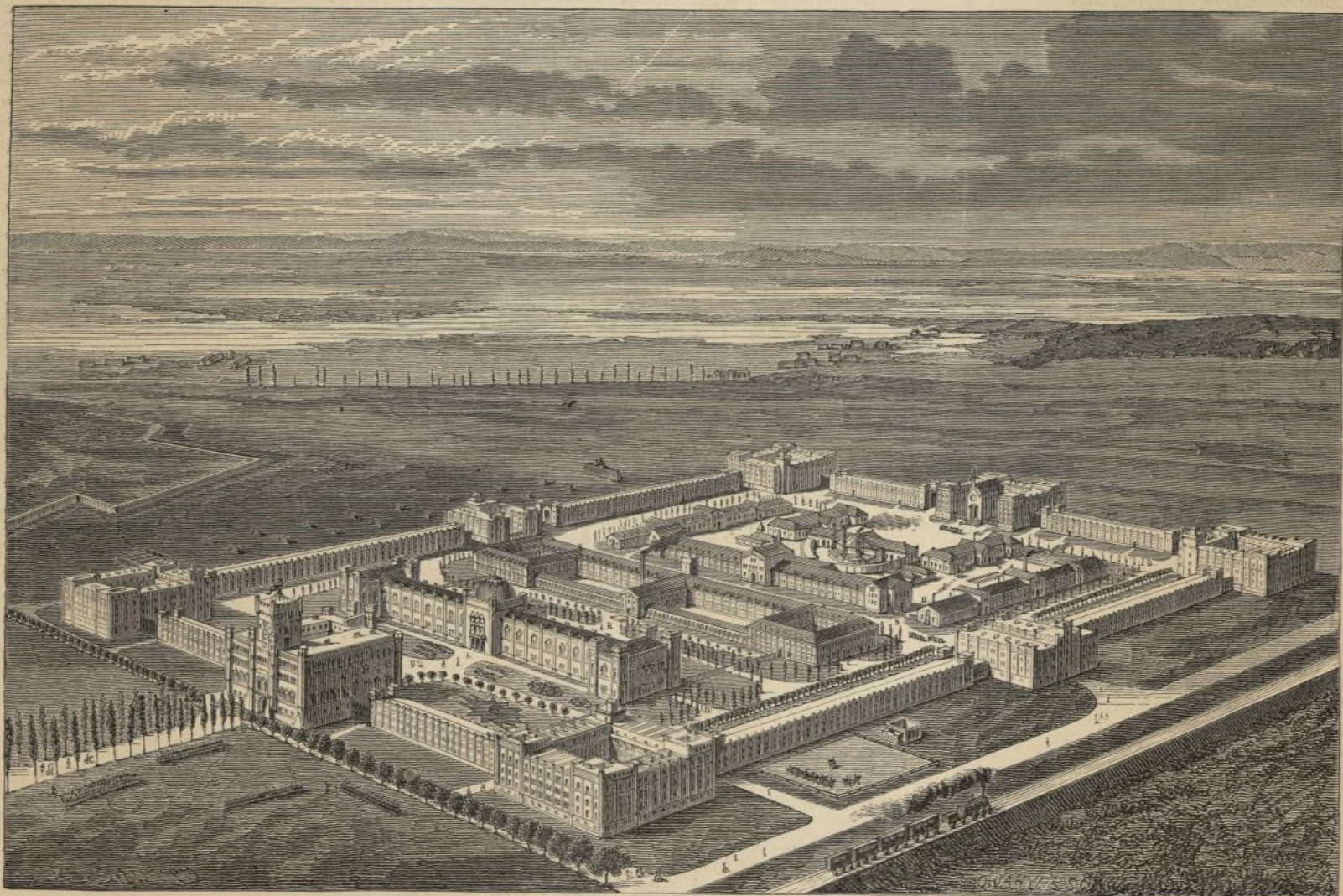
— Pues si teneis la esencia de Dios, y Dios lo sabe todo, vosotros sabréis componer este reloj.

Y uniendo la acción á la palabra, puso uno sobre la mesa.

El Padre Ibañez no pudo contener una sonrisa no esperando esta salida, cuyo significado tradujo el Padre Juan de la Concepción:

— ¿No contestáis? — volvió á preguntar el Mandarín, que suspiraba inútilmente hacía mucho tiempo por encontrar un artífice que volviera á hacer andar su reloj, único tal vez que existiera en China.

El Padre Ibañez bajó tristemente la cabeza; pero el Fray Juan, en un momento de santa inspiración,



EL GRAN ARSENAL DE VIENA.

cogió el pequeño cronómetro, desarmólo en un instante, comprendió su mecanismo, y...

Entregó al magnate chino el reloj, pero puesto en hora.

Algunas semanas después decía jovialmente el Padre Juan de la Concepción á sus hermanos de Religión:

— Mi suerte y la de la causa del Cristianismo estuvieron en un pelo.

Y era verdad.

En el pelo del reloj que había compuesto.

MARTINEZ PARRA.

EXCMO. SR. D. JOSÉ M. MUÑOZ.



Los periódicos de Alicante hablan con entusiasmo de las obras que se están haciendo y que ya van muy adelantadas, para construir un barrio de obreros y una escuela de niños pobres que se titularán de la Caridad, y cuyo pensamiento y coste se debe al señor

Muñoz, célebre en toda Europa, desde la terrible inundación del año 1879. Hé aquí las bases de este proyecto, que merecen conocerse:

Al Excmo. Ayuntamiento Constitucional de Alicante.

«D. José María Muñoz, vecino de esta capital, según la cédula personal que exhibe, acude á V. E. con el debido respeto y expone: Que deseando proporcionar casas cómodas, decentes y saludables á doce familias pobres y trabajadoras de esta población, edificándolas á sus expensas para donarlas á perpetuidad como premio merecido por los méritos y virtudes que han de probar y de que se hará mención más adelante, y considerando que la escollera ó cantera que se halla después del torreón de la plaza de Ramiro entre el muro del Arrabal Roig y la carretera, sitio inútil, de mal aspecto y súpido, por ser un vertedero ó muladar, puede utilizarse convirtiéndolo en un bonito barrio; después de rebajar á fuerza de barrenos y rozas de pico, sus más elevados promontorios, para lograr base ó solar suficiente á la edificación de aquéllas, á la altura que sobre el nivel de la carretera deba tener al efecto de evitar las molestias que causaría allí el polvo de

la misma, situando así al barrio en forma de anfiteatro.

» Suplica á V. E. se digne concederle dicho sitio para el objeto indicado, que es un bien inmenso para doce familias pobres, honradas y trabajadoras de Alicante, y también una mejora de ornato de la mayor importancia para la población, puesto que el sitio de inmundicias de que se trata será convertido en un hermoso barrio que se titulará Barrio de la Caridad.

» Creyendo que V. E. debe tener cabal conocimiento de este benéfico asunto por cuanto ha de conocer todos sus detalles y los alcances de esta solicitud, no sólo para determinar lo que se pide, sino también para en el caso de que ocurra cualquiera dificultad ú obstáculo que pudiera oponerse á la realización de sus propósitos que abraza los extremos siguientes:

» Construir un barrio á lo largo de la citada escollera, de casas cómodas, seguras, saludables, saludable en su aspecto según el adjunto plano para donarlas á perpetuidad como premios á la virtud, de este modo:

• Premiar con una casa al hijo que mejor prueba

haga de mantener con amor, respeto y cariño á sus padres pobres y ancianos, imposibilitados de poder trabajar.

» Con otra á la hija que pruebe lo mismo, siendo de edad de 20 años, por lo menos, y de buena conducta.

» Con otra al hijo que mantenga á su madre ó á su padre, que siendo pobres se hallen imposibilitados por enfermedades ó impedimento físico, ya sean ó no ancianos.

» Con otra á la hija que pruebe lo mismo observando buena conducta.

» Con otra al que con exposición de su vida haya salvado la de otra persona en peligro de muerte por cualquier accidente.

» Con otra á la criada que con amor y caridad constante haya seguido sirviendo y manteniendo á sus amos en la desgracia trabajando para ellos sin salario.

» Con otra al criado que mejor pruebe lo mismo.

» Con otra á la familia que, habiendo perdido su fortuna sufra su desgracia con resignación cristiana y trabaje honradamente para librarse de la miseria.

» Con otra, como dote á los dos jóvenes que tengan palabra de matrimonio empeñada, y que por carecer de medios y de hogar no se puedan casar, probando esto y comportamiento ejemplar en el trabajo y en sus costumbres.

» Con otra, al matrimonio anciano de más de sesenta años que hayan consumido sus fuerzas en el trabajo y no pueda y aganar el jornal ni tenga quien los mantenga ni hogar, habiendo observado siempre buena conducta.

» Con otra, al pobre jornalero que presente un hijo que haya asistido á las escuelas públicas, pruebe mejor instrucción no pasando de ocho años.

» Con otra, al pobre jornalero que presente una hija de la misma edad, que haya asistido á las escuelas públicas y pruebe más y mejor instrucción.»

Bastaría este hecho para honrar el nombre del Sr. Muñoz, si no hubiese otros muchos que acreditan la singular caridad de su corazón y el noble pensamiento que inspira todos sus actos.

Antes, sin embargo, de reseñar su vida, que es interesante, vamos á consignar aquí las cantidades repartidas por el Sr. Muñoz cuando ocurrió la inundación del 79, debiendo advertir que las cifras siguientes son las que salieron al público y hemos recogido de los periódicos de entonces, no conservando la suma completa de sus limosnas:

	Reales
A cien familias de Orihuela la primera vez.	300.000
A ciento cincuenta de Murcia en idem.	500.000
A las de Lorca y Aguilas en idem.	199.800
A las de Cuevas en idem.	100.000
Al Torrao y á otros pobres que se distinguieron en sacar á los inundados del torbellino de las aguas.	8.000
A varias familias inundadas, sin expediente ó lista.	40.000
A las de la huerta de Alicante por la inundación y la sequía.	60.000
A varias familias sumidas en la desgracia por consecuencias de la inundación.	15.000
A los pueblos del tránsito que no fueron comprendidos en las listas de los inundados.	26.000
Al hospital de Lorca y á varias familias desgraciadas que de puntos diversos no habían sido socorridas antes.	15.000
Nuevos socorros dados á diferentes familias y establecimientos de Murcia, Orihuela, Lorca, Huercal-Overa y Cuevas.	200.000
A los pobres vergonzantes y á los establecimientos de Beneficencia de Alicante y otras partes.	19.000
A las monjas del convento de San Juan de Orihuela para restaurar la iglesia destruida por un rayo de la inundación.	10.000
Por socorros diversos de detalles que omitimos.	40.000
Suma total.	1.532.800

Veamos ahora en la biografía del Sr. Muñoz el complemento de estas noticias, multiplicadas en cien rasgos de caridad inagotable.

Nació el Excmo Sr. D. José M. Muñoz Bajo de Menjibar, el 8 de Abril de 1814 en Cabezuela, provincia de Cáceres.

Su padre D. Alonso había sido de los primeros españoles que, católico ferviente, creía cumplir con

su deber vertiendo su sangre por defender la legitimidad histórica. Encargado del mando de uno de los destacamentos del pretendiente D. Carlos, se dirigió desde Portugal á Plasencia donde cerca ya de esta ciudad fué atacado, batido y dispersado cayendo prisionero con muchos de sus subordinados; fué fusilado en Plasencia 5 de Mayo de 1834. Esta desgracia influyó en el ánimo del Sr. Muñoz que á la sazón tenía diez y ocho años y, despidiéndose de sus condiscipulos, se alistó en las filas del pretendiente, recibiendo el bautismo de sangre con el ardor y entusiasmo de juveniles ánimos; dotado de no común inteligencia comprendió bien pronto que las facciones de Extremadura, ya por la topografía del terreno, ora también por la falta de grandes medios de guerra y disciplina, no respondían al éxito acariciado por su mente, y abandonó la frontera de Portugal para ir á Italia y de allí á Francia emigrado, y al salvar los montes Pirineos, de noche, fué hecho prisionero por las tropas francesas al mando del general Arispe allí acantonadas de observación contra los carlistas, é internado y conducido á Perigeux (Normandía) de donde se escapó á los pocos días, y, atravesando de nuevo la Francia, logró por fin entrar en Navarra é incorporarse al ejército del Norte; donde tuvo antes que pasar por la amargura de ser preso por sus camaradas, como sospechoso, confundiendo con otro de parecidas señas personales á quien atribuían el intento de asesinar al pretendiente. Gracias á la intervención del coronel D. Fulgencio Cuesta, amigo de su padre, que garantizó su inocencia, fué recibido en las filas carlistas después de seis días de prisión en las cárceles húmedas y oscuras de Lesaca. Fué destinado al batallón núm. 3 de Navarra, llamado el *Requete*, donde acreditó su valor á toda prueba y la nobleza de sus sentimientos nunca desmentida. Hé aquí algunos rasgos caballerescos muy propios de su carácter.

En una de las batallas de la línea de San Sebastián hizo prisionero á un joven oficial francés de la legión de Argelia, y con arreglo á las ordenes terminantes de fusilar á los extranjeros, como no comprendidos en el tratado de lord Eliot, debía ser pasado por las armas inmediatamente. Doliose Muñoz de la suerte funesta de este joven, y compadeciéndose al escuchar sus súplicas, cuando le rindió, al ver sus lágrimas, le quitó el kepi que tenía sobre la cabeza, y poniéndole su boina, le cogió del brazo y le presentó al general, diciéndole: «Este oficial se me presentó pasado con ánimo de batirse por nuestra causa;» y seguidamente fue destinado á un batallón de franceses argelinos, que también se habían pasado á los carlistas. De este modo se salvó de una muerte segura este oficial francés.

En Arcos de Navarra fue designado Muñoz para mandar el piquete que debía fusilar á tres oficiales que en el mismo día habían sido hechos prisioneros.

Muñoz, que lloraba todavía la muerte de su padre, fusilado por sus enemigos, no podía menos de enternecerse al contemplar á estos tres jóvenes llenos de vida y que un momento después iban á ser privados de ella, cuando tal vez tenían esposas, hermanas y acaso madre como la suya, cuya existencia sería desde aquel momento dolorosa y amarga para siempre. Dominado por esta idea, y con el fin de salvarlos, habló al sargento, para que con su asistente, fuesen quitando las balas de los cartuchos con que debían ser cargados los fusiles, verificándolo así mientras que los soldados bebían distraídos el vino con que fueron convidados: se dirigió después á los prisioneros, les habló en secreto, y aprovechando la soledad del sitio donde se encontraban y las favorables circunstancias de que la lluvia y la oscuridad que se acercaba de la noche alejaban á los curiosos, y permitieron con otros incidentes del momento, que no es oportuno referir, que la puntería se hiciese alta para que el fuego de la pólvora á quema-ropa no les causara daño y que al oír los tiros se echasen de bruces al suelo esos desgraciados oficiales, según lo convenido; y en tal situación permanecieron hasta que el mismo Muñoz volviera á levantarlos, y retirándose con el piquete dejó al sargento y á su asistente, personas de su entera confianza, quedasen al cuidado de aquéllos para impedir que nadie se acercara á ellos y dando cuenta al jefe de su brigada de haber tenido lugar el fusilamiento, estando al frente de los batallones formados en la plaza para marchar, volvió solo sin perder tiempo al sitio fatal, y animando á sus protegidos para que se levantasen y corriesen presurosos á su campo, les indicó el camino y el punto por donde podían pasar el río, para no tropezar con las avanzadas carlistas, y dándoles por último diez y ocho reales, única cantidad que poseían, se despidieron con el llanto en los ojos unos y otros, y buena prisa tuvo que darse Muñoz con el sargento y su asistente para dar alcance é incorporarse á su batallón, ya en marcha y de noche, con otros batallones para el Berión,

en donde bien pronto tuvieron lugar varios combates, en que se vertió mucha sangre, muriendo en uno de ellos el referido sargento.

Muñoz tenía olvidado este suceso como tantos otros que dejamos de apuntar, y sin duda seguiría borrado completamente de su memoria, si después del convenio de Vergara, y estando en Búrgos de paso, no se le presentara el coronel Duran, que le dijo: «Hace mucho tiempo que en vano he procurado adquirir noticias de tu paradero. Yo soy uno de los tres oficiales que salvaste en Arcos; mis compañeros han muerto, el uno de bala en Ramales, poco antes de concluirse la guerra, el otro fue víctima de una pulmonía, y yo he quedado sin duda porque Dios me ha guardado para recompensar tu arriesgada, humana, noble y heroica acción. Ahora que he sabido estabas aquí por un compañero tuyo, que no quieres tomar armas en el ejército liberal, por delicados y honrosos miramientos, y que eres pobre, deber mío es decirte que tengo bienes de fortuna que poner á tu disposición; de consiguiente vente conmigo á partir el pan de mi casa, y bien poco es lo que te ofrezco para pagarte la tranquilidad de mi numerosa familia y la vida que te debo.» Muñoz quedó conmovido y le respondió: «Aunque soy efectivamente un pobre aventurero, mi decoro y mi deber de trabajar no permiten que acepte tus dones, pues con mi trabajo ganaré lo suficiente para vivir dignamente, aunque en la pobreza, y si te se presentase ocasión de hacer lo que yo hice con vosotros, creo que la aprovecharías, porque eres bueno, y entonces es cuando únicamente debieras acordarte de la deuda que tienes pendiente conmigo.»

Terminada la guerra civil con el convenio de Vergara, Muñoz emigró á Francia, y se hubiera ido á la Argelia con el capitán Martínez, tan famoso luego como jefe de los zuavos franceses, si una carta de su madre no hubiese puesto fin á sus proyectos de aventuras y glorias militares.

Antes de cerrar esta parte de la vida de Muñoz, consignaremos un hecho verdaderamente extraordinario de la grandeza de su alma. Lo refiere así un biógrafo suyo:

«Estando encargado por el jefe político de Barcelona y por el general Prim de dar alojamiento á las tropas que sitiaban y bombardeaban á esta ciudad, sublevada en Setiembre de 1843, se le presentó D. José Gordón con su señora, que lloviendo, sin ropas, y andando por malos caminos, habían salido huyendo de los peligros que había en dicha capital en donde residía Gordón como comisionado en Cataluña por su cuñado D. José Salamanca, contratista del ramo estancado de la sal entonces; y dando á Muñoz una tarjeta de recomendación, para lograr alojamiento y amparo mientras podían sacar de su casa los medios de trasladarse á otra parte. Muñoz le recordó al instante y dijo para sí: «este es el verdugo que sin piedad fusiló á mi padre, persiguió y encarceló á mi madre y hermanitas,» pero elevándose con su grandeza cristiana, le dijo: «No hay absolutamente alojamiento para nadie, todo está ocupado por las tropas, y tengo orden de no permitir en Gracia y demás puntos inmediatos la permanencia ni detención alguna de paisanos y familias procedentes de Barcelona; pero mi compasión por esta señora que viene destrozada y rendida y por atenciones para con V., les cedo este mi reducido alojamiento, á fin de que puedan descansar, y ahora mismo les servirán á Vds. el almuerzo que me acaban de preparar, pues yo tengo que hacer y me voy ahora mismo.» Gordón, que aun no había sospechado quién era Muñoz, quedó tranquilo con su familia y almorzaron contentos. Al cabo de dos horas volvió Muñoz á saludar afablemente á sus huéspedes, no sin haberse vencido y hacerse superior á la indignación desesperada que le produjo la presencia de Gordón, quien al manifestarse agradecido, significó el deseo de conocer más y á quién debía tan finas y generosas atenciones. Muñoz, un tanto turbado su serenidad, contestó: «*Al hijo de D. Alonso Muñoz.*» Gordón palideció al oír este recuerdo de sus crueldades en Plasencia, donde fusiló un número considerable de carlistas, sin respetar á niños ni ancianos, y saludando Muñoz en aquel momento á la señora que debía ignorar los sucesos horribles que encerraban aquellas frases, se fué á Mataró, para no ser presa de los sentimientos de venganza que más de una vez lucharon con los de su benevolencia.

» Después supo Muñoz, que aguijoneado Gordón, ya fuera por los remordimientos de haber quitado la vida á un hombre honrado y perseguido con la mayor crueldad y puesto en prisión á una madre y señora con sus hijas inofensivas, después de perder sus bienes, ó ya porque le impresionara el temor de una justa venganza, se ausentó también de Gracia, inmediatamente que se fué Muñoz, á quien no conocía Gordón, y por esto sin duda llegó á temer, lo

que aquél no es capaz de hacer á sangre fría porque cuando no es del caso combatir, solo se inspira en la doctrina del que murió en el Calvario, perdonando á sus verdugos. »

El Sr. Muñoz, de vuelta á España, contrajo matrimonio con doña Carlota Ortíz, natural de Gerona, de quien tuvo cuatro hijos, falleciendo aquella señora muy pronto, así como dos de los hijos. Estimulado por las necesidades de su familia, emprendió una serie de especulaciones y empresas que le valieron la considerable fortuna que hoy goza. Negoció en harinas en Barcelona; hízose contratista de tabacos en Cádiz; trató en ganados por tierra de Burgos; estableció también una fundición de hierro con forja á la catalana en la frontera de Portugal; explotó minas de estaño con actividad sin igual y constancia en la provincia de Zamora; construyó varias casas en Madrid, hizo muchos negocios con su crédito, y casi siempre el buen éxito coronó todas sus empresas.

Cuando el éxito de sus negocios se lo consintió, inauguró sus obras benéficas en su pueblo de Cabeza, que ya cuenta con un hospital, dos escuelas, que son las mejores de la provincia, construídas en la casa de su nacimiento; casa de Ayuntamiento, dos iglesias reedificadas, un barrio para los pobres, todo esto á sus expensas, sin que sepamos la suma que haya costado.

Nos falta espacio para enumerar otros hechos del Sr. Muñoz; pero ¿qué más se necesitan para enaltecer su nombre?

Actualmente vive en Alicante, y á pesar de sus sesenta y nueve años conserva la actividad de sus buenos tiempos y redobla cada día los beneficios de su caridad.

M. R.

REVISTA CIENTÍFICA

PARECE que todo está dicho acerca de la acción del café, y sin embargo, una multitud de puntos de la historia de este licor, tan querido de los poetas, son todavía muy controvertidos y originan nuevos experimentos.

Todo el mundo está de acuerdo acerca de los efectos de estimulación cerebral, acerca de cómo modifica las secreciones, la contracción muscular, la circulación; pero no todos convienen acerca de la manera como influye en la nutrición. ¿Presta á ésta elementos útiles? ¿Se auxilia á lo menos indirectamente favoreciendo su movimiento?

Hé aquí dos cuestiones igualmente discutidas por los sabios de Europa.

Un médico brasileño, el Sr. Guimaraes, ha querido resolver estos problemas fisiológicos por medio de experimentos en animales y en particular en perros.

Sus experimentos han mostrado desde luego la acción tóxica del café en estos animales. En efecto: cinco de ellos que habían sido alimentados convenientemente, y á los que se hacía tomar diariamente un cuarto de litro de café, no tardaron en presentar desórdenes manifiestos en su salud y sucumbieron al quinto ó noveno día, perdiendo por término medio de 35 á 49 gramos diarios por cada kilogramo de su peso inicial.

En otra serie de ensayos, diez perros fueron privados de alimento y reducidos á agua pura. Los unos sólo recibieron esta bebida; los otros además de esta bebida recibieron de 80 á 100 gramos de café. Estos solo vivieron de trece á quince días, perdiendo diariamente de 28 á 33 gramos de su peso primitivo, mientras que aquéllos vivieron de veinticuatro á treinta y cuatro días, sufriendo una pérdida corporal que no pasó de 14 gramos.

La conclusión que se deduce de estos hechos es que el movimiento de desasimilación es activo por medio del café y que bajo su influencia la inanición marcha rapidísimamente.

¿Pero qué sucede á animales que comen cuanto quieren, y que comen café en dosis regulares? El siguiente experimento responde á esta cuestión. Seis perros comiendo á discreción tomaron al mismo tiempo 80 gramos de café. En los primeros días se notó que disminuía su peso; pero pronto recobraron el peso perdido, y engordaron extraordinariamente.

El apetito parecía excitado. Comían doble que antes. Al mismo tiempo que el calor se elevaba, la circulación era más activa, y el sistema nervioso manifestaba mayor excitación.

En resumen, el café tomado en dosis considerables es indudablemente el *poison lent* de que hablaba Fontenelle. Tomado en dosis proporcionadas á la calidad y cantidad de los elementos, es digestivo; es decir, imprime en el estómago una estimulación que lo hace más apto para elaborar los alimentos que recibe y estimula la nutrición.

Estudiase actualmente en Europa una cuestión importantísima, que ya antes de ahora ha sido objeto de gran número de obras notables.

¿Cuál ha sido el origen de la población del continente americano?

A nuestro modo de ver, pocas producciones del espíritu humano dan tanta y tan clara luz sobre esta cuestión como el libro que acaba de publicar en París el marqués de Nadaillac, con el título de *L'Amérique préhistorique*.

Respecto del Nuevo Mundo, como se llama comúnmente á América, dice el marqués de Nadaillac que repugna que sea más nuevo que el antiguo, por más que haya sido descubierto muchísimo tiempo después. Repugna, en efecto, que cuarenta millones de kilómetros cuadrados hayan podido surgir, como han surgido en Oceanía y en otros puntos pequeñas islas, sin causar en el planeta un espantoso cataclismo.

Resulta, pues, que el continente americano fué creado con los otros continentes.

De la analogía que resulta entre las costumbres, los instintos y la industria del hombre prehistórico en el antiguo y en el nuevo mundo; del estudio de sus elementos etnológicos de la población americana; del estudio de los pieles rojas, de la raza blanca, del elemento negro, cuyo origen asiático y africano no es posible hoy poner en duda; de las relaciones de América con el antiguo mundo antes de Cristóbal Colón, deduce el marqués de Nadaillac la unidad de origen de la especie humana.

No es esta ocasión de esforzar las pruebas en que apoya sus conclusiones dicho autor.

Sólo haremos notar aquí un hecho.

M. de Quatrefages hizo constar que el elemento negro de la población americana sólo se encuentra en aquellos puntos á que conducen las grandes corrientes oceánicas. ¿Quién puede dudar de que las aguas llevaron á las costas americanas pequeños buques de los archipiélagos asiáticos y de África?

En el siglo pasado ocurrió un hecho que hemos oído referir á muchos hijos de las islas Canarias.

Algunos buques de cabotaje de aquellas islas, obligados por los vientos primero, y luego por la corriente ecuatorial, atravesaron el Atlántico y arribaron á las playas de la Guyana francesa.

Fácilmente se comprende que habiéndose dado las mismas causas en otros siglos, necesariamente ocurrió que aportaron á las playas americanas hijos de las costas del África en el Océano.

Hace ya largo tiempo que los geólogos han creído poder afirmar que el Estrecho del Paso de Calais es de existencia relativamente breve.

Los estudios hechos para construir un túnel submarino entre Francia é Inglaterra han revelado hechos que permiten ensayar á lo menos una reconstitución prehistórica del estado de esta región.

Ya en 1751 Nicolás Desmarest reunió las pruebas de la identidad geológica de las dos orillas de la Mancha, é insistió en la comunidad de origen de los galos y de los primeros habitantes de la Gran Bretaña.

Los recientes estudios han probado que la profundidad del mar á la entrada de la Mancha es de 120 á 150 metros, mientras que en el estrecho no llega esta profundidad á 50 metros.

Esto ha conducido á la suposición que evidencian otros muchos hechos, expuestos extensamente por Mr. Julio Girard en la *exploración* que un istmo unió en los tiempos primitivos á Francia y á Inglaterra, y por lo tanto, que Inglaterra era entonces una península.

El estudio de las condiciones geológicas de las costas de Inglaterra ha sido lo que más datos ha proporcionado para llegar á esta conclusión.

DR. MARCO DE COLOMER

BIBLIOGRAFÍA

Santa Teresa y el P. Bañez, por el P. Fr. Paulino Alvarez, O. P., del convento de San Esteban de Salamanca.



El nombre de Santa Teresa de Jesús, que tan devotamente tiene hoy conmovidos los pueblos, y el nombre del P. Bañez, tan repetido en las obras de la misma Santa y tan celebrado en las escuelas teológicas, de tres siglos á esta parte, forman unidos el tema de este libro, porque *unidas fueron también las acciones de su vida*, como dice el V. Palafox.

Debido á esto y á su innegable oportunidad, ofrece la obra un doble y vivo interés, ya por lo referente á los puntos históricos y críticos de la Santa, ya por la reseña biográfica del famoso Dominico no bien conocido ni como director por excelencia de

la gloriosa Reformadora, ni como sabio y defensor integérrimo de las tradiciones teológicas.

El trabajo va elegantemente impreso en papel superior, tamaño de 4.º, letra compacta, tipos elzevirianos y otras etiquetas del mejor gusto. Lleva un magnífico grabado de la monumental portada de la iglesia de Dominicos de Salamanca, por los recuerdos gloriosos que allí dejó la Santa: la partida de profesión del P. Bañez, autografiada; dos cartas suyas inéditas, y el árbol genealógico de su familia.

Hállase de venta en las librerías y Administraciones de los periódicos católicos de Madrid, y en Salamanca en la librería del Sr. Gurruchaga, al precio de tres pesetas.

LOS GRABADOS

EXCMO. SR. D. JOSÉ MARIA MUÑOZ

Célebre bienhechor de las provincias de Levante.

(Véase la biografía pág. 259.)

FRAY DOMINGO DE SILOS.

Para que se vulgarice la fama de los insignes Obispos que ha tenido España, vamos á publicar de vez en cuando sus retratos ó los monumentos que de ellos subsisten.

El que hoy publicamos es la estatua que se alza delante de la catedral de Cádiz de su ilustre prelado fray Domingo de Silos, uno de los prelados más celosos, sabios y beneméritos que ha tenido la iglesia española en el siglo presente.

Nació este esclarecido Obispo en la villa de Cañas, Alta Rioja, el 23 de Julio de 1770. Su nombre de pila fué Jacobo Apolinar Moreno y Merino, que trocó más tarde por el del Santo titular del monasterio, en que profesó la vida monástica. Después del estudio de latinidad, hecho con los Padres franciscanos de Santo Domingo de la Calzada, tomó el hábito benedictino en Santo Domingo de Silos el día 16 de Febrero de 1785. Diez y seis años contaba el nuevo religioso cuando pasó á seguir sus estudios de filosofía al monasterio de su Orden de San Esteban Rivas de Sil, en la provincia de Orense, y de allí fué á cursar teología á San Vicente de Salamanca.

Con tanto fruto siguió la carrera eclesiástica, que pronto pasó de discípulo á maestro, ejerciendo el profesorado en el convento de Hirache del reino de Navarra. La Providencia le llamaba por otro camino, y en el Capítulo general de la Orden de 1801 fué nombrado Abad del monasterio de San Martín, de esta Corte, con la cura de almas de la extensa feligresía que este monasterio desempeñaba.

En este puesto le sorprendió la invasión de los franceses, y tan pronto como supo el peligro que corría su amado monasterio de Silos, corrió á su recinto á servir de amparo á sus hermanos de religión que se hallaban dispersos. Las tropas invasoras se dirigieron al histórico convento, y Fray Domingo, siguiendo el ejemplo de San León Magno en la invasión de Atila, salió á su encuentro, armado con el escudo de su valor apostólico. Las huestes napoleónicas retrocedieron ante aquel muro de valor cristiano; pero no por esto cesaron en su propósito, y al efecto persiguieron de muerte al defensor de Silos, que por milagro escapó de sus asechanzas.

Terminada la guerra fué nombrado Abad de aquel monasterio que con tanto celo había defendido, y allí permaneció hasta el año de 1818 en que fué nombrado Obispo *in partibus* de Canatén, auxiliar del Arzobispo de Caracas. Los sucesos de 1820 le impidieron trasladarse á América, y volviendo á su querido monasterio, vivió encerrado en su celda hasta la excomunión de 1821.

La Santa Sede supo los grandes merecimientos de este humilde religioso y se propuso de nuevo utilizarlos, nombrándole Obispo de Cádiz, de cuya silla tomó posesión el 5 de Agosto de 1825.

Cádiz carecía de Catedral, pues la vieja era mezquina y la nueva que se intentó levantar en el siglo pasado, no había llegado ni con mucho á terminarse. El 6 de Enero de 1831 un incendio destruyó estos comienzos de Catedral, y Fray Domingo, al visitar los estragos del fuego, se propuso elevar la Catedral, contando con los auxilios de la providencia. En efecto, de limosna, en tiempos tan borrascosos y difíciles, llevó á cabo su proyecto, y el 28 de Noviembre de 1838 se consagraba solemnemente la hermosa basilica.

Fray Domingo renunció al Arzobispado de Sevilla por no salir de Cádiz, donde murió el 9 de Marzo de 1853. Suya es la inscripción de su sepulcro:

AQUÍ YACE

FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO
INDIGNO MONJE BENEDICTINO
Y MÁS INDIGNO OBISPO DE CADIZ.

Los gaditanos le elevaron una estatua delante de la Catedral, ejecutada por D. Leoncio Baglieto, según se puede ver en el grabado con esta inscripción: — *A Fray Domingo de Silos Moreno, monje benedictino, Obispo de esta diócesis; grande en virtudes, que dió al culto del Señor suntuoso templo. Sus admiradores. Año 1856.*

EL GRAN ARSENAL DE VIENA

Es uno de los más grandiosos de Europa, como puede verse en el grabado.

En el número próximo daremos la descripción, que no cabe en este por la abundancia de original.

MR. CHESNELONG, DIPUTADO CATÓLICO DE LA ASAMBLEA FRANCESA

El nombre de este célebre orador francés es muy conocido de todo el mundo, sobre todo desde sus campañas por la libertad de enseñanza.

Abogado distinguido y polemista invencible, es uno de los hombres que más trabajan en la nación vecina por la causa de la Iglesia.

Tiene actualmente sesenta años; pero conserva tal actividad y energía, que aún puede mantenerse largo tiempo en la brecha.

Si como parece anunciarse, ocurre en Francia un cambio político en sentido conservador, Mr. de Chesnelong será uno de los adalides de las grandes y saludables reformas.

EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

(Continuación.)

II

DOS HERMANOS

El caballo acababa de desplomarse en el camino.

Cubierto de sudor, las narices humeantes, la espuma en la boca, estaba agonizando; Melampo lamía suavemente los ojos cerrados de su compañero. El sacerdote, á la primer mirada, comprendió que había sucedido una desgracia. Trilby venía sólo. Inclínandose para ayudar al pobre animal y quitarle la silla, Fritz-Roy sintió su mano húmeda. Una duda espantosa pasó por la imaginación del sacerdote. Tomó del primer escalón de la casa la lámpara que su madre había puesto, y con esta débil luz, ¿qué vio? Sus manos y su sotana manchadas de sangre.

Le quedaba una esperanza; ¿si esta sangre fuese de Trilby! Examinó el caballo y vio que no tenía herida. Ya no había duda, había sucedido una desgracia, ó más bien se había cometido un crimen.

El sacerdote se armó con todo su valor, y sin explicar á su madre nada del horrible descubrimiento, afianzó su voz para decirle:

— Trilby ha vuelto solo..., se ha roto la brida, todo anuncia un accidente..., voy á buscar á mi hermano.

— ¡Dunstan ha muerto! — exclamó la madre.

— ¡Oh! Espero que Dios te librará de un dolor semejante. Esperándome, reza..., reza sin desesperación, reza como...

— ¡Como la Virgen al pié de la Cruz! — balbuceó Ana, que cayó desplomada de rodillas.

El sacerdote estrechó á la anciana contra su corazón y se fué corriendo siguiendo el camino que acababa de recorrer Trilby y que conducía á la casa de Margarita, la rubia prometida de Dunstan.

Una inmensa tristeza oprimía el corazón del cura del pueblo. Sus miradas inspeccionaban el campo, los arbustos, interrogaba á las zanjás, al camino, buscando una sombra, una traza, un indicio.

Si delante de su madre se contenía para que no notara su inquietud, viéndose solo en el camino, sintió que ardientes lágrimas le subían á los ojos.

Dunstan y su madre eran sus dos cariños en este mundo. Aunque fuese el más joven de los hijos de Ana, el sacerdote miraba á su hermano como su hijo. Lo protegía en lo moral, del mismo modo que él le protegía en lo físico.

El cura Fritz-Roy tenía seis piés, los músculos del Hércules Farnesio, la fuerza de Milón, el que partía las encinas. Como contraste á esta fuerza y á este cuerpo de gigante, tenía en su rostro la expresión de una bondad angélica y de una plácida dulzura. Encontraba en su camino un pobre trabajador apurado con su carreta atascada, sus caballos sin fuerzas, con un empujón sacaba el pesado vehículo. Después encontraba niños, los acariciaba con una ternura que tenía algo de la gracia temerosa de la madre; y si penetraba en una choza, volvía al enfermo en su cama de dolor con infinitas precauciones. En el moral como en el físico, el cura Fritz-Roy era verdaderamente un hombre fuerte; deberíamos decir un hombre de pasiones. Quien dice pasión dice poder; las cosas grandes tienen la pasión por móvil. Se trata solamente de tener pasiones nobles y el amor de lo bello. Los hombres célebres lo han sido sólo por la apasionada exaltación de una idea. Los conquistadores tienen la pasión de la guerra, los artistas la pasión del ideal, los santos la pasión de la caridad. En el cura Fritz-Roy había un héroe cristiano, humilde y dulce, tierno, y sin embargo enérgico. Amaba á su madre y á Dunstan con un amor profundo. Era de aquellos que siempre están prontos á sacrificarse, y que no parecen creados para otra cosa. Abrazando el estado eclesiástico, había hecho anteriormente el voto de renunciarse. Lo que no podía realizar para sí, lo soñaba para su hermano. Dunstan y él no hacían más que uno. Fritz-Roy era el alma que ama, sufre y piensa, Dunstan el brazo que obra. Este joven no era materialista ni estaba desprovisto de excelentes cualidades; pero le gustaban todas las cosas á que su hermano había

dicho adiós, Fritz-Roy gozaba en la felicidad de ese otro él.

Durante su infancia, el menor recibía las reprimendas que había merecido. Si surgía una disputa de estudiantes al salir de su clase, Fritz-Roy se ponía delante de Dunstan enseñando á sus camaradas sus fuertes puños que les hacía retroceder. Fritz-Roy enseñó á leer á su hermano. Formó su espíritu lento, pero justo. Facultades intelectuales y fuerzas físicas, todo parecía atrasado en Dunstan. Sin embargo, cuando cumplió diez y nueve años, su talle se enderezó, sus ojos azules se animaron, y se aficionó á la vida de campo, en el momento en que Fritz-Roy entraba en el seminario, con la seguridad que dejaba á su padre una ayuda suficiente. El joven no tardó en tomar las riendas de la casa; su padre cayó enfermo y se metió en cama para no levantarse más. Jacobo murió en los brazos de Ana y de sus hijos, después de haber sufrido algunos meses.

Su viuda y Dunstan quedaron al frente de una labor bastante considerable. Felizmente que el seminarista, habiendo concluido sus estudios, el Obispo, que se interesaba por él como un padre, lo nombró después de su ordenación cura del pueblo donde había nacido. Las buenas gentes que habían sido amigos de Jacobo, se alegraron mucho de que Fritz-Roy volviese entre ellos. Si su carácter de sacerdote le prohibía el tener una intimidad tan grande como antes, su palabra adquirió más peso, su amistad grave inspiraba respeto. Se esperaban sus visitas como un honor y una bendición. El sacerdote á quien reemplazaba en la pobre parroquia, era un anciano, delgado, débil, que parecía que se lo llevaría un soplo. Las austeridades dejaban en su rostro señales extrañas, visibles sólo para aquellos que tienen lo que un santo sacerdote de mis amigos llamaba el toque de las almas.

Expresión vaga para algunos, profunda para el número más pequeño. El cura austero hubiera estado más en su lugar en el fondo de una celda que en el seno de este pueblo. No podía andar á cualquier hora y en cualquier tiempo: una bocanada de viento lo hubiera derribado. Los trabajadores, los enfermos y los pobres no pueden ir en casa del cura; él es el que debe visitar á sus ovejas. Pero ni el Obispo que veneraba á Mac O'Neil, ni la pobre gente que le agradecían la constancia de su abnegación, no hubieran pensado en reemplazarlo. La poca fuerza que le quedaba la empleaba bien, y parecía que el Señor bendecía los últimos esfuerzos de esta vida que se agotaba. Su muerte fué un luto en el país. Se habían acostumbrado á su dulzura enfermiza. La lentitud de su marcha, el temblor de sus manos, el sonido ahogado de su voz, causaban enternecimiento. Se recordaban de haberlo visto joven, alerta, siempre pequeño y endeble, pero valiente y dotado de un alma enérgica. La lama aguda había usado la vaina. Hubo, pues, dos días de gran tristeza en el pueblo; se lloraba al sacerdote enterrado la víspera, se preguntaba con una curiosidad inquieta á quién nombrarían para reemplazarlo. Sin duda un carácter sagrado reviste idénticamente á todos los ministros del altar; pero es menester reconocer que algunos poseen cualidades propias, indispensables á la felicidad de los que dirigen. Todos pueden ser santos, todos no reciben los mismos dones. En las ciudades la cuestión no es tan grave, tan espinosa. Las iglesias se multiplican, los sacerdotes son numerosos, los habitantes la mayor parte instruidos, cada uno encuentra su dirección y su guía. En los pueblos, por lo regular, no hay más que un sacerdote, y debe hacerse todo á todos, consolar, enseñar ó reprender. Es al mismo tiempo Pontífice y magistrado. Nada se hace sin consultarle; los padres de familia le someten la grave cuestión del establecimiento de su hijo y de sus hijas.

Es menester que entienda de la vida rural y que pueda enseñar el camino celestial.

Los apólogos del Evangelio los pone en práctica. Predica por todas partes, siempre.

Su teología se resume en pocas palabras puestas al alcance de los sencillos, pero él conoce el infinito manantial de consejos, de consuelos; ante todo habla al corazón. Las personas que se arrodillan ante el altar ó entran por la tarde casi tímidamente en el presbiterio, no sienten ni arranques de orgullo, ni rebeliones sistemáticas.

Basta conocerlos y amarlos para serle útil. La vida del sacerdote de los pueblos es pobre como la de un trapense. Muchas veces, después que ha acabado sus oficios y visitado los enfermos, ingerta sus árboles y no se desdén en cavar su jardín. Hombre de palabra y de acción, continúa las tradiciones apostólicas. Al labrador que siembra su campo, le cita la parábola del que siembra; al que arranca la mala yerba, la del enemigo que echa la cizaña en el campo. Instruye de un modo práctico, bajo los árboles, en los prados, á la sombra de los vallados.

Su palabra cambia la naturaleza de aspecto, y la hace el espejo de Dios. Explicando la obra, exalta al Creador. Se ama á Dios á través del maravilloso velo con que se envuelve. Soles ó yerbecillas, ¡qué importa! el prodigio es el mismo.

No se sabe aún si el sol es solamente una materia ígnea; si la superficie sola es luminosa ó caliente, ó si el encuentro de dos fuerzas no produce este doble fenómeno. Se ignora lo que son sus manchas, y aun otras mil cosas; si la mecánica celeste no ha dicho aún su última palabra, nadie explica tampoco la germinación del trigo, el nacimiento del pájaro, nadie sabe el poder que rige la comunidad de las abejas y la república de las hormigas. La suprema grandeza está en el insecto más pequeño, lo mismo que en el coloso.

Sin duda, el sacerdote no hace sabios á los pobres de espíritu que le rodean; pero sí eleva su alma poco á poco, y si se les escapa el detalle, subsiste aún la impresión general.

Es tan difícil para el prelado escoger bien el ministro, como para el ministro agradar á su rebaño. Cuando el Obispo de Dublin nombró al presbítero Fritz-Roy cura del pobre pueblo de l'Elster, para todos fué un gozo completo. El hijo de Ana no podía ser más dichoso en ninguna parte como en este humilde rincón de tierra. Qué placer para la familia, para los amigos, el ver honrados de todos aquel que se había atraído el cariño y el aprecio. Ana lloró de enternecimiento cuando supo la noticia. A quien impresionó más fué á Dunstan. Desde la ida de su hermano, le faltaba el mejor elemento de su vida. Cuando murió su padre, Dunstan se encontraba á la cabeza del cortijo, se sintió agobiado bajo el sentimiento de su inferioridad. Su timidez se apoderó de él. Viéndose más débil que la mayor parte de sus subalternos, tenía casi vergüenza de mandarlos. Daba sus órdenes como contraído. Los servidores de la casa guardaban un respeto tan grande á la memoria de Jacobo, que se apresuraban á obedecer á Dunstan. Los intereses de la pobre Ana no sufrieron nada. Los buenos servidores trabajaban con conciencia. Sin embargo, nadie como el campesino sabe apreciar el vigor de los músculos. La pequeñez de estatura, la debilidad de los miembros es una inferioridad. Cuando los servidores supieron que Fritz-Roy entraba en el seminario, y que Dunstan se quedaba al frente de la casa, pensaron que el robusto joven que conducía las manadas de bueyes como un rebaño de carneros, que levantaba una barrica llena con la fuerza del puño, y domaba los caballos resabiados, sería mejor labrador que el pobre Dunstan, pálido, suave y tímido, como si estuviese predestinado á quedarse inclinado sobre los libros y á componer sermones.

Fué, pues, preciso conformarse con la vocación contradictoria, en apariencia, de los dos hermanos. Dunstan compensó lo que le faltaba con preciosas cualidades íntimas. Se mostró bueno, complaciente, sin orgullo, y mereció el aprecio de todos. La única pena verdadera que tenía era el estar separado de su hermano; por eso no se puede describir su gozo, cuando en una carta su hermano le anunciaba que volvía al pueblo como cura de la pequeña parroquia.

— Madre, dijo Dunstan, desde la muerte de mi padre, he dirigido lo mejor que he podido la casa; pero esta carga es pesada, y renuncio á ella muy pronto. El amo será de aquí en adelante mi hermano, y yo daré el primero ejemplo de obediencia.

— Mi querido hijo, respondió Ana, tu hermano ha renunciado á las cosas del mundo, y su reinado es el reino celestial. Tú te quedas lo que eres, el labrador de la Baja Tierra; de cuando en cuando Fritz-Roy animará á nuestros servidores y te ayudará; pero por su nuevo carácter debe tomar poca parte en la vida activa.

— ¿Vivirá en el presbiterio? preguntó Dunstan.

— No lo creo. Le bastan los dos cuartos altos, y no nos dejará. Tú y él me haceis más falta que nunca.

Al día siguiente, Ana hacía arreglar los dos cuartos del cura. Los muebles eran de madera blanca, sencillos y modestos.

Se pusieron ramos de acebo en canastillas, el gran crucifijo de boj se inclinó encima de la estrecha cama. Dos estantes se reservaron para los libros. Estos cuartos parecían dos celdas, pero donde debía deslizarse la vida fácil y suave bajo la mirada de Dios, en medio de santas afecciones.

Llegó el nuevo pastor. Los primeros momentos fueron dados á las lágrimas; se lloraba de gozo de volverse á ver, de enternecimiento al recuerdo del que no existía.

Por la noche Patricio presidió la mesa de familia, recitó las oraciones en alta voz, y todos los servidores comprendieron que sin que él lo deseara y á pesar de prohibirlo, se quedaba el verdadero dueño del cortijo paterno.

Al día siguiente todos los servidores asistieron á

la misa. El pueblo hacía séquito al cura. Al pasar delante del presbiterio, dijo Patricio á dos carpinteros:

— Si se pusieran algunas camas en la sala baja, se colocarían los ancianos enfermos; aquí no hay hospicio, y á los pobres les falta todo.

En efecto, respondieron los hombres, si abandonais la casa, nosotros podemos hacer las camas; algunos cepillazos no nos costarán nada.

Así fué como se fundó el hospicio de Bajas Tierras, que el cura lo apellidó casa de San Patricio.

Ya instalado en los dos cuartos que le habían preparado en el cortijo, Fritz-Roy comenzó el ejercicio de sus activas funciones. Salía al alba y se iba á la iglesia. Cuando decía su misa, entraba, almorzaba con Dunstan y con su madre; después se encerraba en su cuarto, leía, trabajaba, alimentándose de las escrituras y bebiendo en la fuente sagrada, cuyas aguas debía distribuir en el día.

La comida del medio día la hacían en el comedor, en el cual Ana pasaba la mayor parte del día.

Una robusta criada llevaba la sopa caliente á los jornaleros al campo. Por la noche se juntaban amos y servidores para la hora de cenar.

Cuando se concluía, cada uno de los servidores daba cuenta del trabajo hecho, y pedía órdenes para el día siguiente.

La víspera de las ferias se discutía sobre la oportunidad de la renta de un par de bueyes ó el cambio de un caballo. Se dirigían á Dunstan, según la orden formal dada por Ana después de la muerte de Jacobo; pero Dunstan transmitía la cuestión á su hermano que daba un consejo preciso, corto, fácil de comprender, y el cual su madre y Dunstan aprobaban. El joven, lejos de creerse humillado en esta situación, que era secundaria, no cesaba de pedir consejos y lecciones.

Le causaba terror el mandar. No quería más que ternura, y rechazaba todo lo que le exigía fuese un ejercicio violento, fuese la prueba de una voluntad activa. En las Tierras Bajas las veladas se pasaban por lo regular en la intimidad de la familia. Pero algunas veces llamaban á la puerta, y Dunstan y el cura se sonreían viendo entrar, ya una mujer con un niño en brazos, y que venía á buscar en casa de Ana un remedio eficaz para curarlo, ya un pobre hombre á quien perseguían los deudores y que pedía un socorro para su miseria, para que no se vendiese la casa donde había nacido. El cura no recibía ninguna paga: los sacerdotes católicos de Irlanda no deben nada al gobierno inglés.

La bolsa se encontraba vacía muchas veces, y era un gozo para Ana en las grandes circunstancias ir al armario de nogal y sacar de él una hermosa moneda de plata; á falta de moneda, había trigo en los graneros.

Los desgraciados no abusaban de la bondad de los amos de Tierras Bajas; además, cuando sólo la pereza era la causa de la miseria de un colono, el cura Fritz-Roy le rehusaba el dinero que el tabernero hubiera metamorfoseado en bebida, y lo tomaba para trabajar con los jornaleros. No se sufría la embriaguez en el cortijo. Se perdonaba al culpable hasta tres veces; en seguida se le despedía por temor que su ejemplo arrastrase á sus compañeros. Si el sacerdote lloraba con Raquel, sabía cuando se ofrecía la ocasión, castigar su rudeza; pero con firmeza. Sin embargo, sus reprensiones no ofendían. Se sentía que eran verdaderas. Las acompañaba de exhortaciones, en las cuales no se excluía la indulgencia. Culpando, invitaba al arrepentimiento. De este arrepentimiento, demostraba los próximos frutos; se separaban de él tristes, humillados; pero no irritados y con el corazón lleno de odio. La gran dulzura del hijo de Ana contrastaba algunas veces,

tanto con su alta estatura y sus atléticos miembros, que imponía más que la explosión de un gran descontento.

Desde el momento que tuvo entre sus manos las riendas del cortijo, todo marchaba perfectamente; cada uno comprendió que el cura le hacía un honor dándole directamente sus órdenes. Fritz-Roy no perdía nada de la dignidad de su carácter, y los que se acercaban á él se creían engrandecidos súbitamente.

La deferencia de Dunstan, la de Ana unida á una profunda ternura, hacían que las Tierras Bajas fuese una morada sin igual. Después de la iglesia, era para todos un lugar de refugio.

Al lado de la gran sala baja, Ana puso en un gabinete dos armarios y una pequeña biblioteca. En el armario había muchas sábanas para los pobres, géneros abrigados, elásticas suaves para los ancianos y los niños. El modo de escoger sus vestidos y la forma que le daba á su tocado, daban una apariencia medio monástica á la dulce mirada de Ana y á su pálida tez.

La felicidad de los habitantes de Tierras Bajas no tardó en cubrirse con una nube. Dunstan de pronto se puso triste, preocupado. Descuidó los negocios, pasó días enteros en los campos sin pensar en vigilar á los obreros, y parecía huía de su madre y de su hermano.

— ¡Dios mío! decía Ana, ¿qué tendrá este desdichado Dunstan? Sacrificaría mi vida por evitarle una pena; y lo veo á mi vista languidecer.

Fritz-Roy interrogó á su hermano; Dunstan se quedó mudo; y como el sacerdote insistía con dulzura, el joven apoyó la mano en su brazo, y le dijo:

— ¡Sabes hablar á los que lloran por un hijo, y les muestras la madre desolada en el Calvario; sabes hablar al niño que solloza junto al sepulcro de un padre querido, le enseñas el cielo; para las lágrimas del hermano y del amigo, encontrarás textos sagrados, pensamientos de consuelo; para el mal que yo sufro, y sólo para éste, no podrás encontrar nada nunca!

— ¡Nada! repitió abatido el joven pastor, haciendo una revista rápida en el fondo de su corazón de la escala completa de los sentimientos humanos.

Dunstan había vuelto á sus dolorosas reflexiones, y Patricio marchaba lentamente á su lado.

En fin, con una voz vibrante, aunque baja, el sacerdote preguntó á Dunstan:

— Tú no puedes sufrir ningún movimiento malo. Tú ignoras el odio, y tú no tienes envidia á nadie; pero tu corazón se inclina á los sentimientos tiernos... Acabas de decir que yo ignoro absolutamente lo que te hace sufrir... Lo presiento sin embargo, y voy á decírtelo, reprendiéndote por haber hecho un misterio de esto... A más ¡Dunstan! No lo niegues... Tu emoción es una prueba que he adivinado... no te culpo, y no creas que tú estás llamado á vivir sólo... Necesitas el cariño de una mujer y las caricias de los hijos... Están permitidos estos goces y el Señor los creó para el hombre... ¿Has escogido una joven que nuestra madre no pueda bendecir, y temes la dificultad de pronunciar su nombre?

— ¡Ah! ¡Patricio! ¡Patricio! La que amo se llama Margarita.

— ¿Y dudas de confiárselo á nuestra madre?

— Apenas me atrevo á confiármelo á mí mismo.

— ¿No has hablado á la madre Isabel?

— Me falta el valor...

— ¿Y Margarita?

— No sospecha que su nombre se pronuncia en todas mis oraciones.

— ¡Ah! soy dichoso, muy dichoso, Dunstan, Isabel, es una mujer honrada, y Margarita una joven completa. Aunque es muy joven, creo que su razón ha madurado temprano. De todas las muchachas del

pueblo ninguna puede prometer una felicidad más sincera.

— ¡Ah! ¡Gracias, gracias! exclamó Dunstan.

— ¿Hablarás por mí?

— Esta noche, esta misma noche...

— ¿Y nuestra madre?

— Irá á ver á Isabel y á decirle: Dad á Margarita por mujer á Dunstan, y vamos á casarlos para San Jorge.

— Y si Isabel consiente, ¡ah! volveré á estar alegre como antes; me sentiré fuerte y consolado para toda mi vida. Tendré otro objeto que mi felicidad personal, y el hombre no es bueno sino á condición de olvidarse de sí mismo.

— Serás, pues, feliz, dijo el joven sacerdote, porque Margarita te amará y sois dignos el uno del otro.

A la vuelta de este paseo, Dunstan le dió con prontitud las buenas noches á su madre, estrechó fuertemente la mano de Fritz-Roy, y subió á su habitación.

Cuando desapareció, levantó los ojos hacia su segundo hijo, cuyo alto tallo se inclinaba ante ella, y Ana suspiró, como si no se atreviese á confesar su inquietud, y deseaba que se la comprendiese.

— Veamos, querida y santa madre, dijo el cura, parece que haces un reproche al Señor de que deje una nube en el espíritu de mi hermano, esa nube, échala tú fuera, puedes hacerlo.

¿Pero cómo? preguntó la madre uniendo sus manos.

— Sal mañana temprano de las Tierras Bajas, lleva un hermoso ramo á Margarita, cuya abuela tanto quieres, y abraza á la muchacha como una hija que Dios te envía del paraíso.

— ¡Sera verdad! exclamó Ana, Dunstan...

— Dunstan desea que sea su mujer.

— Y no decía nada el ingrato, y me dejaba con el corazón agobiado de tristeza... ¡Ah! ¡Qué enfadada estaría con él si no me sintiera tan feliz!

(Se continuará.)

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

COMPañÍA COLONIAL
Roma 1888

MEDALLA DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal..... Calle de la Montera, núm. 8.

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Ciriales. Diademas. Navetas.
Candeleros. Coronas. Incensarios. Sacras.
Campanillas. Cruces. Lámparas. Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

OFICINAS, CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚMERO 27, PRINCIPAL

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, núm. 4

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuevo medicamento.—El profesor Landerer, de Atenas, ha publicado una nota aconsejando un medicamento oriental muy eficaz para la curación de la tos crónica, obtenido de la flor de la planta «Ninfea» ó «Nenufar», común en Egipto, cuya florescencia coincide con la época de las avenidas del río Nilo. Con estas flores se prepara un jarabe muy útil para aliviar la referida dolencia. También de la semilla de esta planta se obtiene harina propia para elaborar pan de muy buena clase.

Esta planta se encuentra también en España en los estanques y lagunas, siendo común en San Carlos de la Rápita.

Blanqueo de las lanas.—El procedimiento de más fácil aplicación y de resultados más positivos para el blanqueo de la lana es el siguiente: se desengrasa en un baño de agua con sosa ó jabón, ó ambas sustancias; después de conseguido el objeto se lava bien con agua limpia y se introduce en un baño de azul, formado de una disolución de jabón de Marsella á 2º Beaumé, azulado con un poco de índigo superior y violeta de metilo, muy azulada; estas tinturas de azul y de violeta deben ser esmeradamente filtradas antes de incorporarse al baño de jabón citado, en la cantidad necesaria para dar viso azul á la lana; se reconoce que el baño tiene la coloración suficiente vertiendo una porción de líquido en una cápsula de porcelana blanca, en la cual se ve cuando el color tiene la entonación bastante para el azulado.

Preparado este baño, se inmerge en él la lana; se remueve en todos sentidos, se saca y escurre en seguida para que el tinte resulte igual; después de escurrida se suspende, todavía húmeda, en el azufre durante dos horas, terminando con el desecamiento al aire. Si la lana conservase olor de azufre se hace desaparecer pasándola por un baño débil de agua amoniacal, preparado con 10 kilogramos de amoníaco por cada litro de agua.

Patatas germinadas.—La *Revue agricole de la* Some llama la atención de los agricultores sobre el peligro que existe en hacer consumir á los animales las patatas germinadas. Los gérmenes encierran notable cantidad de solanina, introducida cada día en el organismo paraliza á los animales, retrasa su desarrollo y puede ocasionarles la muerte. Es necesario quitar los gérmenes antes de emplearlos en el alimento.

Nueva bebida alcohólica.—Una revista inglesa *Sanitary Engineer*, publica un curioso estudio de Mr. Atkinsón sobre el *saké*, cerveza hecha con arroz, usada en las cálidas comarcas del Asia, y que tiene excelentes cualidades higiénicas.

Se descortez y limpia el arroz y se somete al va-



MR. CHESNELONG

Diputado católico de la Asamblea francesa.

por hasta tomar consistencia gelatinosa; se le deja enfriar y se mezcla con levadura de cerveza, dejándolo fermentar en una habitación que tenga la temperatura de 41 grados centígrados; se resuelve algo para facilitar la expulsión del ácido carbónico. La masa resultante se llama en japonés *kóji*.

En cubas con serpentín de vapor se mezcla entonces arroz pasado al vapor, *kóji* y agua hirviendo, dejando fermentar la mezcla cinco ó seis días. Después se filtra en tela, resultando una cerveza de hermoso color, cuya fórmula química es:

Alcohol.....	12,300
Dextrina.....	0,875
Glicerina y albúmina.....	1,530
Acidos fijos.....	0,145
Acidos volátiles.....	0,015
Agua.....	85,135
TOTAL.....	100,000

En Piosasco, pequeña aldea del Piamonte, desde muchos años atrás un oscuro paisano llamado Cruto, trabajaba en un cuarto de su casa, sin que nadie pudiese penetrar el secreto de sus trabajos; en su país le llamaban *el loco*.

Sin embargo, este hombre, después de doce años de paciente estudio y largas experiencias, resolvía el problema más importante de nuestros días, problema infructuosamente tentado por Edison y muchos

otros; es el de hacer depositar con la corriente eléctrica sobre un objeto, carbónico puro, reproduciendo exactamente las formas del objeto.

Esta invención es la base de una industria importante de reproducción exacta de cualquier objeto de carbono puro, esto es, con una sustancia ligera, negrísima, compacta, de esplendor metálico.

Con la galvanoplastia, todos saben que el metal reproduce un objeto cualquiera; esta reproducción sin embargo es costosísima, mientras la reproducción del carbono con el sistema Cruto, más preferible por la pureza de las líneas, y por apariencia, costaría mucho menos.

La invención no se limita solamente á la reproducción de los objetos, sino que está destinada á una industria mucho más importante y que aún se puede decir que está en la infancia; la industria de la iluminación eléctrica, dividida con lámparas de la fuerza de un pico de gas y aun de menos.

Cruto, con su sistema ha conseguido fabricar carbones de la sutileza de un pelo, del color, elasticidad y flexibilidad del acero, compactos: y lo que es más maravilloso, vacíos interiormente, esto es, conformados á pequeños tubos capilares de carbono.

Estos carbones dispuestos en espiral, soldados al hilo de platino, encerrados en una ampolla de vidrio, donde se obtiene el vacío barométrico, constituyen la lámpara de incandescencia Cruto. Un ataque especial, flexibilísimo en todos

los sentidos, ha sido estudiado también por el inventor, por medio de la suspensión de la citada lámpara.

M. Pilter ha importado en Francia una nueva materia alimenticia, *Lactina Bowick*, que se fabrica con una mezcla de harina de cebada germinada (malta) y de lentejas, corteza de olmo americano en polvo y caña de azúcar.

Contiene de 5 á 6 por 100 de materias grasas, 15 por 100 de materias azoadas y 3,50 por 100 de materias minerales que son principalmente fosfatos alcalinos.

El producto despidе buen olor, posee un sabor agradable y con el agua forma una bebida blanca parecida á la leche de vacas.

Esta sustancia se emplea útilmente en la alimentación de las terneras y de los cerdos, disolviéndola en agua, bastando un kilogramo de lactina para producir 18 litros de leche, cuyo precio viene á ser el de cuatro centésimos por litro. Se hierva esta solución hasta que tome la consistencia de la crema; entonces se dá á los animales sola ó en mezcla con las demás materias alimenticias destinadas al pienso de los ganados. Se vende en París al precio de 80 céntimos el kilogramo, en sacos de 50 kilogramos ó en otros más pequeños de 10 kilogramos, cuyo precio es el de 10 francos.

Tipografía Gutenberg, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo *treinta y seis grandes columnas de texto*, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid